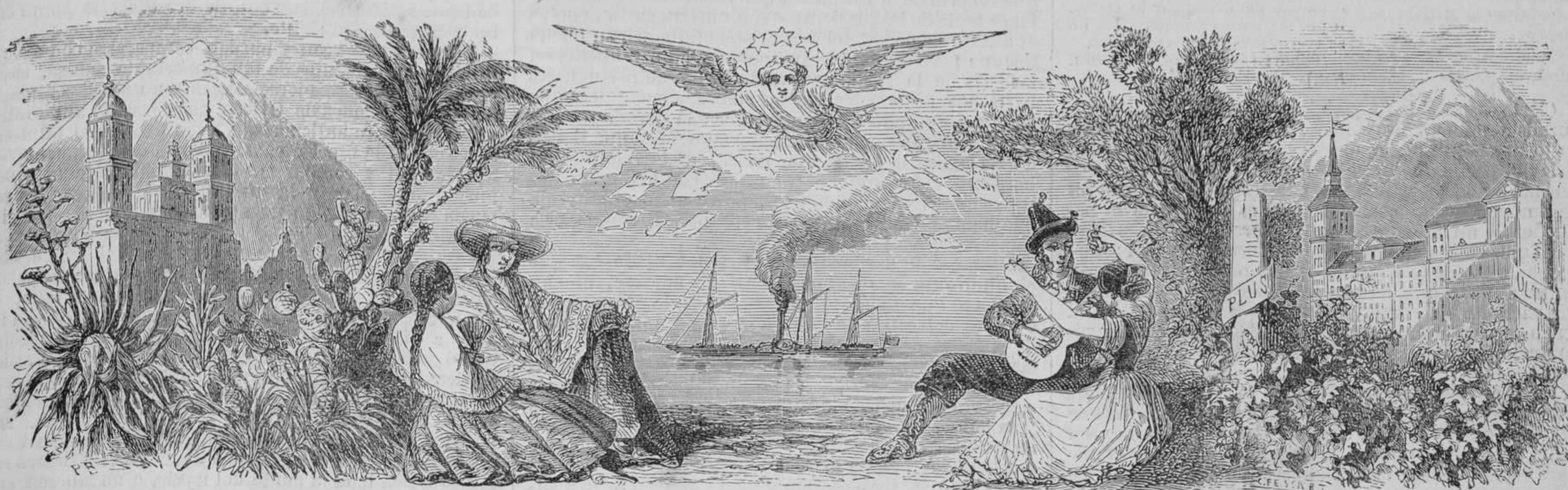


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 323.

## SUMARIO.

El príncipe Napoleon y la princesa Clotilde pasando por delante de la torre Saint-Jacques iluminada;

grabado. — Colon y Alonso Sanchez — Gonzalo de Oyon. — El príncipe Milosch y los sucesos de Servia; grabados. — Revista de Paris. — La Reina de la vendimia. — Gran banquete dado en el salen de los Mariscales en Tullerías, grabado. — Baile dado en el Hotel de Villa; grabado.

do. — Nadie diga de esta agua yo no beberé. — Paseos artísticos por la ciudad de Roma; grabados. — Djeddah; grabados. — Leyendas americanas. — Boletín científico. — Coronas godas halladas en España; grabado.



EL PRINCIPE NAPOLEON Y LA PRINCESA CLOTILDE PASANDO POR DELANTE DE LA TORRE SAINT-JACQUES ILLUMINADA, AL IR AL BAILE DEL HOTEL DE VILLA.

SODERFROY DURAND.



## Colon y Alonso Sanchez.

CUESTIONES CRÍTICAS SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DEL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL SIGLO XV.

Aunque parece claro el camino de la verdad, es difícil; porque los hombres diligentes se cansan ó enojan de investigar lo cierto, ó por no parecer ignorantes, no se avergüenzan de sus mentiras. (Plinio: Lib. V, cap. II de *Hist. Nat.*)

Cierto es que si la proposición del sabio filósofo y naturalista pudiera muy bien poner á contribución de justo arreptamiento el caudal de mi insuficiencia, todavía, por lo que hace á las causas en que aquella se afirma, apelo al tribunal de la imparcialidad con los testimonios de mi conciencia: pues aunque de la pequeñez de mi ingenio y cortas letras que alcanzo se verifique bien á mi pesar la primera parte del argumento, en lo de la segunda ajenas probanzas acudirán en mi ayuda; que no por los campos de la libre imaginación ha de correr mi discurso; antes, sujeto al yugo de la historia, en cuanto errare declinará su involuntario delito en las autoridades que lo hayan motivado.

En virtud de lo dicho, y porque el asunto especial de este capítulo no admite dilaciones, que hartas padeció el héroe que lo inspira, tiempo es ya de poner la vista en el descubrimiento de estas Indias occidentales; no para reproducir cansadas noticias que el mundo olvida ya por vulgares, sino para deslindar los derechos que en la gloria del suceso nos tocan, entresacándolos igualmente del florido jardín del entusiasmo patrio, y del escabroso terreno de la emulación y de la envidia.

Bien sé yo que entre el vaiven de opiniones contrarias que se exponen cada día para dar calor á locales afectos, flaco he de andar con la mía, por el crédito que ya muy justamente gozan las otras. Mas porque ellas no van conformes, antes caminan tan sueltas y apartadas como si entre sí ninguna relación tuviesen, aun llevo á figurarme que podré entrar con ventajas muy marcadas por entre la confusión de aquellas que así se tropiezan discordes para señalar á cada una sus verdaderos límites, y ver si en lo posible está el hermanarlas; aunque mucho recelo que han de continuar en lo sucesivo tan torcidas como al presente; pues en verdad, de tan heterogéneas opiniones, mal se podrá formar un argumento concluyente y á gusto de todos.

Y para que se vea cuán sólidamente apoyado voy en lo que llevo dicho, conviene saber: que por lo respectivo al descubrimiento de esta cuarta parte del mundo, generalmente atribuido á Cristóbal Colon, que con ayuda de españoles lo hizo, no solamente se encuentran doctísimos libros que tratan de rebajar su mérito, atribuyéndolo en su propia época á distinta persona, sino que también se ha querido desvirtuarlo por entero; denunciando á la historia los viajes á estas partes de muy antiguos argonautas, desde las mas setentrionales de Europa, y no menos anteriores que de quinientos años á aquellos en que, por las capitulaciones de Santa Fe, vino la de Jesucristo á arraigarse en el nuevo hemisferio de Occidente.

También, para que en el atrevido despojo de tanta gloria no saliera el héroe principal en peor estado que el de sus generosos protectores, la injusta parcialidad se esmeró en amontonar gran caudal de falsa erudición y torpe filosofía, pretendiendo; menguada! destruir no solamente la ciencia del saber que en nuestros marineros del siglo XV concurría, ni el mérito de su espontánea y entusiasta adhesión á un proyecto cuya realidad sospechaban, aunque su teoría no les fuese familiar, sino hasta el valor de tantos siglos heredado en España con diarios experimentos de su temple.

A fin de proceder separadamente en el esclarecimiento de las diversas partes que componen estas investigaciones, paréceme conveniente empezar escudriñando las verdaderas causas que inspiraron á Colon su gloriosa hazaña; pues esto sobre ser cumplido y justo á la fama de tan hábil descubridor, ha de fortificar la que se debe á nuestros navegantes, cuyo descrédito se pretende; pues cuanta mayor oscuridad aparezca en la exposición de la empresa, tanto mas se evidencia el valor de los que á ella se entregaron por la opinión de un solo hombre y extranjero.

No cumple á mi propósito deslindar aquí los términos mas verídicos de la patria de Colon, tan locamente disputados, cuando mas terminantes se declaraban en su testamento (1); ni menos ocuparme de su vida mas allá de los lugares en que se identifica con la historia de nuestra patria. Mas porque á la mano se me viene cierta noticia que en el archivo general de la Corona de Aragón hubé de adquirir en Barcelona el año de 1850, la cual no he visto citada en ningun otro libro, quiero que se sepa, que la profesión de marineros en los ascendientes del almirante, no data de aquel otro Colon, tío del que vulgarmente llamaban *el mozo*, y con el cual salió á la mar nuestro don Cristóbal mucho antes de que aquel anduviese al servicio del rey de Francia (2); pues ya en el mes de setiembre de 1390 andaba otro Colon de Génova mandando otra nave que hacia el comercio entre las ciudades de Levante, como se manifiesta por la mencionada noticia que dice así: «Martes á 12 de setiembre partió la nave d'en Sola para Ale-

jandria, y arribó de Génova la de N. Colon (1): » y mas adelante, en las noticias del 7 de noviembre se habla de otro del mismo apellido que venia de Alger, y á este se le distingue con el adjetivo de *el mayor*: de suerte que no pudiera suponerse ser el mismo con quien sesenta años despues navegaba el almirante.

Dejando ya á un lado esta noticia, no tan indiferente que no pruebe la intimidad que esta familia de los Colones tenia de largos tiempos con nuestra patria, vuelvo al asunto principal del don Cristóbal que por su buena fortuna tuvo ocasion de avecindarse temporalmente en las islas de la Madera y Puerto Santo, de portugueses hasta hoy señoreadas: en las cuales, como quiera que entonces se agitase mas que nunca la cuestion de los descubrimientos, por la situación geográfica que tienen en las aguas del Atlántico, no hay duda que nuestro heroico aventurero debió comunicar con hábiles pilotos y marineros experimentados, acariciando el proyecto que habia de dar tanta fama á su nombre, como gloria imperecedera á la corona de Castilla.

Si hemos de dar crédito al muy levantado con que el almirante se distinguió durante su vida, no hay duda en que todos los fundamentos de su empresa, despues del estímulo natural que la comun novedad de la época despertaria en ánimo tan meritorio y aficionado á navales expediciones, se hallan apoyados en el caudal de sus estudios; porque habiendo versado las ciencias naturales en la famosa universidad de Pavia (2) y salido de ella tan aficionado á las letras, como docto en su interpretacion, sobradamente oscura entonces, por lo que se oponia lo mas verídico á los conocimientos existentes, tuvo ocasion de aprender en Séneca sublimes profecías: en Pitágoras, Aristóteles, Estrabon y otros muchos hasta Raimundo Lulio, la esfericidad del globo terráqueo. En Plinio, Nearco, Eliaco y Julio Capitolino, la proximidad que deberia existir entre las costas opuestas de Europa y Asia (3); y finalmente, en los anteriores y otros filósofos hasta el maestro Pablo Joscaneli, y en sus propios viajes á las regiones hiperbóreas del Norte, y á las tórridas de la zona equinocial, la posibilidad de surcar la gran extension del Océano Atlántico, y aun de circunnavegar toda la faja del mundo (4).

(1) *Dietariis del archivo municipal de Barcelona.*

(2) «Aprendió las letras y estudió en Pavia lo que le bastó para entender la cosmografía.» (Colon, don Fernando: *Historia del Almirante*: cap. III.)

(3) Séneca: *in Medea*. «*Vement annis*, etc.» — Aristóteles: *De Caelo et Mundi*, libro II, dice que desde las Indias se puede pasar á Cádiz en pocos dias. — Estrabon: *De Cosmographia*, libro I, afirma que el Océano circunda toda la tierra, y que al Oriente baña la India y al Occidente á España; y que si no lo impidiese la grandeza del Atlántico, pudiera navegarse de un sitio á otro por el mismo paralelo; lo cual repite en el libro II. — Plinio: *de Hist. Nat.*, libro VI, cap. XXXI dice: que desde las islas Gorgóneas, que se cree ser las de Cabo-Verde, hay cuarenta dias de navegacion por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, las cuales tuvo por cierto Colon que fuesen las de las Indias. (D. Fernando: *Historia del Almirante*, cap. VII). — Nearco y el mismo Plinio, libro VI, cap. XVII, sostienen que en las últimas partes del Asia, antes de llegar á la costa de la mar, faltaba tanta tierra por descubrir, que casi pudiera considerarse ser Asia la tercera parte del globo, con lo cual la extension de la mar hasta las costas de Europa y Africa quedaba muy reducida. — Pedro Eliaco, en su *Tratado de la imagen del mundo*, cap. VIII, quiere que la India esté vecina al Africa y España por Occidente. — Julio Capitolino, en su *Cosmografía*, cap. XIX, se expresa de este modo: «Segun los filósofos y Plinio, el Océano que se extiende entre los fines de España y del Africa occidental, y entre el principio de la India hácia Oriente, no tiene muy largo intervalo; y se tiene por muy cierto que se puede navegar de una parte á otra en pocos dias con viento próspero; por lo cual el principio de la India por Oriente no puede distar mucho del fin de Africa por Occidente. — Raimundo Lulio, cuya ciencia y doctrina tan conocidas debieron ser del almirante, por el crédito que alcanzaron sus obras así en España como en Francia é Italia, explica su sistema de las mareas por medio de la esfericidad de la tierra, suponiendo que el flujo y reflujo tienen causa natural en un gran arco de agua, cuyos extremos se apoyan en las costas occidentales de Europa y Africa uno, y otro en un continente que suponía haber en las regiones opuestas; de suerte que, gravitando las aguas sobre la tierra, se hallan alternativamente, expuestas al calor del sol, causa principal del flujo, y á la humedad de la luna, que dice serlo del reflujo; debiendo producir en tan vasta superficie estas alteraciones, las cuales son imperceptibles apenas en el Mediterráneo, por ser muy corta la extension de su arco, y no tener toda la curvatura necesaria para sentir la influencia de ambos astros. Y añade: que cuando en los novilunios recibe la luna menos cantidad de la luz del sol, son mayores los flujos que en los plenilunios, salvo siempre los accidentes locales de tierras y costas. (*Questiones per artem demonstrativam solubiles*: Quæst. CLIV.)

(4) Es curioso todo el siguiente párrafo de una carta dirigida por Colon á los reyes Católicos el año de 1501, cuyo párrafo insertó don Hernando en la historia de su padre, y dice así: «Serenísimos príncipes: entré á navegar en la mar de muy tierna edad y lo he continuado hasta hoy, pues el mismo arte inclina á quien lo sigue á desear saber los secretos de este mundo, y ya pasan de cuarenta los años que lo estoy usando en todas las partes que hoy se navegan. Mis tráficos y conversaciones han sido con gente sábia; latinos, griegos, indios, moros y otras diferentes sectas; y siempre he hallado á Nuestro Señor muy propicio á este deseo; y se sirvió darme espíritu de inteligencia: hizome entender mucho de la navegacion: dióme á entender lo que bastaba en astrología, geometría y aritmética: me dió el ánimo ingenioso para pintar la esfera y las ciudades, montes, rios y todos los puertos, en los sitios convenientes de ella. En este tiempo he visto y estudiado en ver todos los libros de cosmografía, historia, filosofía y otras ciencias; de manera que Dios nuestro Señor me abrió el entendimiento con mano palpable para que yo vaya de aquí á las Indias, y me puso gran voluntad en ejecutarlo.» (*Vida del Almirante*: cap. IV.)

En el medio de todo este caudal y otro no menos científico de que se aprovechó Colon para levantar el gran monumento de su inmortalidad; viene á torcer el discurso aquella noticia por el vulgo acariciada, y de muy graves autores recibida, que tiene relación con el piloto Alonso Sanchez, natural de la ciudad de Huelva: el cual, segun lo que de público llegó á murmurarse, parece como que dió á Colon ciertas relaciones de lejanas tierras á la ventura descubiertas por él en las regiones de Occidente.

Y para que se vean y puedan compararse con exactitud los fundamentos de tan importante suceso, caso de que tal nombre mereciese, digo: que el coronista Gonzalo Fernandez de Oviedo, cuyo crédito tan levantado anda entre anticuarios y eruditos, fué el primero que apuntó la especie como recibida del vulgo, exponiéndola tal y como á sus oídos habia llegado, y no muy recomendada á la pública credulidad, segun se puede ver en sus mismas palabras que son las siguientes:

«Quieren decir algunos que una carabela que desde España passaba para Inglaterra cargada de mercaderías e bastimentos... acaesció que le sobrevinieron tales, e tan forzosos tiempos, e tan contrarios, que ovo necesidad de correr al Poniente tantos dias, que reconoció una ó mas de las islas de estas partes é Indias; e salió en tierra e vido gente desnuda, de la manera que acá la hay, y que cesados los vientos que contra su voluntad acá le truxeron, tomo agua y leña para volver á su primero camino; y que despues le hizo tiempo á su proposito y tornó á dar la vuelta. Y en este tiempo se murió quasi toda la gente del navío, e no salieron en Portugal sino el piloto con tres ó quatro ó alguno mas de los marineros, e todos ellos tan dolientes que en breves dias despues de llegados murieron.»

«Dicese junto con esto que este piloto era muy íntimo amigo de Christobal Colon, y que entendia alguna cosa de las alturas, y marcó aquella tierra que halló de la forma que es dicho, y en mucho secreto dió parte de ello á Colon, e le rogó que le ficiese una carta y asentase en ella aquella tierra que habia visto. Dicese que él le recogió en su casa como amigo, y le hizo curar, porque tambien venia muy enfermo; pero que tambien se murió como los otros, e que así quedó informado Colon de la tierra e navegacion destas partes, y en él solo se resumió este secreto. Unos dicen que este maestro ó piloto era andaluz; otros le hacen portugués: otros dicen que el Colon estaba entonces en la isla de la Madera, e otros quieren decir que en las de Cabo-Verde, y que allí aportó la carabela que he dicho, y él ovo por esta forma noticia desta tierra. Que esto pasase así ó no, ninguno en verdad lo puede afirmar, pero aquesta novela assi anda por el mundo entre la gente vulgar de la manera que es dicho.»

«Para mí yo lo tengo por falso, e como dice el Augustino: *Melius est dubitare de occultis quam litigare de incertis*. Mejor es dudar de lo que no sabemos, que porfiar lo que no está determinado (1).»

En verdad que á la primera lectura de la anterior noticia, nadie puede excusarse de entrar en sospecha si por ventura pudiera haber sido cierto lo que de inverídico, ó por lo menos dudoso tacha con justa razon el famoso coronista de las Indias; pero aunque siguiendo el examen de otros libros y otras tradiciones, no parece fácil reprobar victoriosamente noticia de tal importancia, todavía se llegó á desvirtuar la presente considerando cuantas coincidencias eran necesarias para que, por la muerte de todos los tripulantes de la dicha nave, quedare Colon por tantos años dueño exclusivo del secreto.

Como quiera que sea, no hay duda ninguna que tras de Oviedo acudió Francisco López de Gomara á fortificar la nueva, y aun por ella á rebajar algunos quilates al indisputable mérito del almirante (2). Pero como este historiador, ni el P. Joseph de Acosta que tambien lo sigue (3), ni Gregorio Lopez Madeira (4), ni el portugués Freitas (5), ni el mismo P. Mariana (6) adelantan cosa alguna en las minuciosidades de la anterior noticia, habremos de suponer que todos la tomaron de Oviedo; y por lo tanto será bien dejarla hasta ellos con el propio descrédito que este la atribuye.

Mucho placer me hubiera causado que en lo dicho terminara la porfía relativa al piloto Sanchez de Huelva, para sacar al don Cristóbal triunfante en ella sin género de empacho ni de desconfianza. Al cabo yo no creo que haya gran mérito en aquellos descubrimientos que al azar y no á la ciencia debe el mundo, y este que voy tratando bien sé que algunos no lo han de ver tan claro como yo quisiera por el prisma de la inteligencia, sin conceder cosa alguna de aquellas que tienen relación con el buque perdido de nuestros andaluces.

Mas como quiera que todos los grandes sucesos estén condenados á sufrir con mas ó menos saña los tiros de la envidia por aquello de *Calamitas sine remedio est odisse felicem* (7), perseveró la insistencia de transmitir aquellos primitivos vulgares rumores que el bueno de Oviedo, siempre anhelando esclarecer la verdad, dejó denunciados como dudosos; y hé aquí que andando los tiempos, otro historiador, de verídico aprobado, se lanzó en la cuestion con el testimonio de su padre, que habia servido á los reyes Católicos, tratado con los pri-

(1) *Historia general y natural de Indias*: libro III, cap. II.

(2) *Historia de las Indias*: cap. XIII.

(3) *Historia natural de las Indias*: libro I, capítulos VIII y IX.

(4) *Excellentissimæ monarchiæ hispaniæ*.

(5) *De Just. Imper. Lusitanos*: cap. IV.

(6) *Historia de España*: libro XXVI, cap. III.

(7) *De Caelo et livore*.

(1) Navarrete: *Coleccion de viajes*, etc.

(2) D. Fernando Colon: *Historia del Almirante*, cap. I.—Zurita: *Anales de Aragon*; libro XIX.



meros descubridores y aun asistido á varias conquistas en el Nuevo Mundo Por dicho escritor llega á saber la historia el nombre del piloto en cuestion, que hasta entonces habia sido incógnito; el lugar de su naturaleza, igualmente dudoso, y el paraje de su arribada que entre todos andaba desconocido. Fijólo el inca Garcilaso en la isla Española (1), y no con absoluta inverosimilitud, por lo que se dirá mas adelante.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

GONZALO DE OYON

POEMA

POR DON JULIO ARBOLEDA.

(Conclusion.)

Hállase, al despertar, el caballero  
Sobre la orilla del abismo ardiente;  
Arrodillase al borde del torrente,  
Y así prorrumpe, en éxtasi, despues :

«Sabio eres, Dios, en permitir que el hombre  
De su dolor el término columbre.  
¿Quién sufriera, si no su pesadumbre,  
Viendo este abismo provocar sus piés?  
¿Quién, viéndose á la orilla de la nada,  
No salvará de un salto, en su despecho,  
Este mezquino y envidiable trecho,  
Diciendo al mundo un eternal adios?  
Mas ¿qué es la muerte? Un cambio. El alma queda  
Leyendo siempre su pasada historia,  
Y llevando tal vez en la memoria,  
Con el recuerdo, el látigo de Dios...  
Soy inmortal, Pubenza, y yo no puedo  
Resolverme á perderte. Si muriera,  
Tal vez tu forma mágica, hechicera,  
¡Ay! fuera á atormentar mi esclavitud...  
A tí te llama Dios; y ya que el mundo  
Nos separa, mi bien, será preciso  
Viajar, para buscarte, al paraiso,  
A donde solo lleva la virtud.  
Dulce será, sin pena, sin deseo,  
La medida colmar de mi esperanza,  
Y contigo, en eterna bienandanza,  
Ír en concierto celebrando á Dios;  
Y ver tus labios sonreír conmigo,  
Y mi ser á tu ser por siempre aliado,  
Por la verdad eterna iluminado,  
Y uno en cuerpo y espíritu los dos!...

» ¡Ah! ¡yo estoy delirando!... Me ha extraviado,  
Sí, me ha extraviado el corazon impio...  
¡Satánica pasion!... ¡Perdon, Dios mio!  
¡Si, por piedad, perdona mi pecado!...  
Si iba á seguir de la virtud la huella,  
No era por tí, Señor; era por ella.  
Y esta profanacion es la que impide  
Que se desprenda mi ánima del suelo,  
Porque la gloria, el porvenir, el cielo,  
Y cuanto existe, mi pasion lo mide  
Por su imágen sacrilega y terrena,  
Que á mi pesar el universo llena.  
¡Haz, Señor, que la arranque de mi seno,  
Y la destierre al fin de mi memoria,  
Para servirte, y consultar tu gloria,  
Libre de todo pensamiento ajeno  
A aquella santa inspiracion divina  
Que hácia tí nos dirige y encamina!  
Quiero borrar del alma la criatura  
Para admirar al Criador bendito;  
Librarme del martirio del delito  
Para hacerme capaz de tu hermosura,  
Y en mi fe ciega, incontrastable, ardiente,  
Nada sino á mi Dios tener presente.

» Dios y Señor del mundo, á quien eché en olvido,  
Por mi pasion adúltera vencido y arrastrado,  
Ante tu ser benéfico me postro y anonado,  
É imploro por mis crímenes tu lástima y perdon.  
¡Señor! atiende al hombre proscrito y desvalido,  
Sin deudo, hogar, ni patria, que en su afliccion se humilla,  
Doblando ante tu trono la trémula rodilla,  
Y jándote, á tí solo, su fe, su corazon.

» ¡Artifice dichoso, cuya infinita mano  
Recoge entre su palma los orbes rutilantes!  
¡Guardian á cuyo aliento se mueven, y constantes  
Sus giros portentosos sin encontrarse dan!  
¡Conservador del mundo, que al tímido gusano  
Por entre el polvo misero le trazas su camino,  
Cual trazas entre el hórrido, inmenso torbellino,  
Las infinitas órbitas por do los astros van!

» ¡Criador! ¡en cuya ciencia la eternidad futura  
Existe, cuál existe la eternidad pasada!  
¡Principio fecundante, en cuyo seno nada

(1) Comentarios reales del Perú: libro I, cap. III.

Lo que el futuro guarda con lo que ha sido ya!  
¡Poder que de tu trono, radiante de hermosura,  
La infinidad dominas con tu asombrosa mente!  
¡Señor! ¡para quien solo existe lo presente,  
Porque en tu seno el tiempo recopilado está!

» ¿Es cierto? ¿No me engaño? ¿Tus ojos paternales  
Escudriñar se dignan al ente desvalido,  
Habitador del átomo que rueda confundido  
Con miles de millones de mundos á tus piés?  
¿Es cierto? ¿No me engaño? ¿Alcanzan los umbrales  
Del hombre tu mirada, tu excelso pensamiento,  
¡Oh Dios! que con quererlo, el ancho firmamento  
Poblado de universos bajo tus plantas ves?...

» ¡Ah! Si; que si es inmensa tu creacion bendita,  
Si innúmeros se mueven bajo tus piés los orbes,  
En sus inertes masas tu actividad no absorbes;  
Lanzástelos, y siguen esclavos de tu ley;  
Mas diste al hombre el alma, do el pensamiento habita,  
Sedienta de adelanto, de eternidad, de ciencia,  
Y le dejaste libre para adorar tu esencia,  
E hicístele con eso del universo el rey.

» Do quiera está tu espíritu de caridad escrito,  
Do quier sobre mi especie tu inteligencia vela;  
Hasta el dolor la diste, que, eterno centinela,  
Del vicio la escudase, probando su valor.  
Si; ¡la virtud es hija de tu dolor bendito!  
Que sin dolor, ni lucha, ni libertad habria,  
Y el hombre, como el árbol monótono, veria  
Moverse indiferente el mundo en su redor.

» Mas tú, Señor benévolo, á su virtud le trazas  
Entre tormento y luchas heróicas su camino;  
La pruebas, la confortas, y del Eden divino  
A su constancia ofreces el inefable don.  
Y al justo y al perverso, con premios y amenazas,  
A amarse mutuamente, ó á respetarse, obligas,  
Y mientras el bien del hombre á la justicia ligas,  
Por norte á la justicia le das tu religion,

» Tu religion, que solo de tí venir podia;  
Que inspira al individuo el propio sacrificio,  
Para que, por su ejemplo, avergonzado el vicio  
A su destino deje llegar la humanidad.  
¡Fe ciega! ¡no hay mas ciencia! ¡Martirio! ¡no hay mas guia!  
Que el uno por los muchos trabaje, sufra, muera,  
Y que á unos pocos mártires la humanidad entera  
Les deba su progreso, su bien, su libertad.

» En tanto de la víctima la sociedad se olvida.  
No hay premio para ella; su mérito se ignora;  
Calumnia acaso al mártir la turba pecadora,  
Mientras la sirve el mártir por el amor de Dios...  
¡Señor! ¡bendito seas! ¡Compláceme la vida!  
Por tí doblar quisiera mis penas y mi afrenta...  
Vosotros ¡oh filósofos! si el mal os atormenta,  
Mirad que son deleites la angustia y el dolor.

» ¡Señor! ¡que así en el mundo cultivas la justicia  
Que la ventura humana bajo tu egida labra!  
Tu código de gracia, tu imperio, tu palabra,  
Extiende, ¡oh Dios! del orbe al último confin;  
Y que á tu yugo leve la caridad propicia  
Con su paciencia y lágrimas someta la ancha tierra,  
Y entre hombres y naciones acábese la guerra  
Para que te ame próspera la humanidad por fin.

» Eres activo, sabio, benévolo, fecundo;  
Tu amor no tiene limite, descanso ni mesura;  
El universo vasto, la misera criatura,  
Lo inmenso y lo mezquino te debe el ser á tí.  
Quizá mas ciencia y tiempo que en el inerte mundo  
Gastaste en el insecto que imperceptible vive...  
Pues todo cuanto alienta, de tí su bien recibe.  
¡Señor! ¡mi Dios! ¡mi Padre! ¡apiádate de mí.

» O si te ofendo, hiéreme, pero á mi patria, España,  
En tu piedad redime de la hórrida anarquía,  
Y vuélvela, benévolo, la paz y la armonía  
Para que el orbe atónito su admiracion la dé;  
Y de uno al otro polo, cuanto el Océano baña,  
Ame, por el bien que hagan, su nombre y su bandera,  
Para que extienda rápida por la poblada esfera,  
Con su poder suave, tu redentora fe.»

La oculta luna con su rayo opaco  
Del español la forma medio alumbra:  
Hernan, llegando entonce, le columbra,  
Y párase, escuchando su oracion.  
Y de su ejemplo y actitud movido,  
Detrás del castellano cae de hinojos,  
Y húmedos siente en lágrimas los ojos,  
Y eleva á Dios tambien su corazon.

Gonzalo, en tanto, atribulado y mudo,  
Cruza los brazos sobre el ancho pecho,  
Y lanza una mirada de despecho  
Hácia la negra y honda cavidad.

Absorto sobre el borde del abismo,  
A la luz del relámpago sombría  
El genio de la noche parecia,  
Viendo á sus piés rodar la tempestad.

«¡Gonzalo!» exclama Hernan: «¡Señor!» contesta,  
Volviendo el otro atónito la frente,  
Y arrodillado orillas del torrente  
Se encuentra cara á cara con Hernan.  
El uno frente al otro, sorprendidos,  
De hinojos ambos sobre el frio suelo,  
Bajo el oscuro pabellon del cielo,  
Mudos como dos árboles están.

Miranse de hito en hito, sin hablarse,  
En solemne y simpático reposo,  
Y de amistad un pacto generoso  
Forma el silencio, intérprete á los dos.  
La gratitud le dicta, el cielo le oye,  
Le alumbra el rayo, le celebra el trueno,  
Y viendo que es magnánimo y que es bueno,  
Le bendice el espíritu de Dios.

Así hablan luego:

HERNAN.

Por piedad, amigo,  
Perdona... te he injuriado... sí... mi labio,  
Mas no mi corazon te hizo un agravio,  
Cuando de Alvaro al campo te llamé...  
Pero... ¡ah! traidor te proclamaban todos...  
De Alvaro hermano, prófugo, proscrito,  
Al verte entre la muerte y el delito,  
¡Pobre de mí! de tu virtud dudé.  
Pero ya creo en ella... ¡ah! tú salvaste  
Mi vida en otro tiempo. Hoy has salvado  
Mi alma, mi honor. Al verte tan honrado  
Y llamarte mi amigo, soy mejor.

GONZALO.

¡Dios te protege, España!... Su estandarte  
Juremos defender de los traidores...

HERNAN.

Y de sus mismos torpes defensores.

GONZALO.

Con lealtad.

HERNAN.

Con valor.

GONZALO.

Y con honor.

HERNAN.

Si por el rey, por ella venceremos.

GONZALO.

O moriremos mártires.

HERNAN.

¡Sí, amigo!

GONZALO.

¡Ven, generoso Hernan, yo te bendigo!  
Hasta en la humanidad ya tengo fe.  
¡Ven! Abrazame, Hernan. Un hombre solo  
A su raza infeliz salva y redime,  
Y del oprobio y del baldon la exime  
Siempre que Dios un corazon le dé.

HERNAN.

¡Basta! basta, Gonzalo. Tus verdugos  
Pueden llegar... De la naciente aurora  
La tibia luz los horizontes dora...  
De la selva apresúrate á salir.  
Solo una senda hay libre... Tu caballo  
Está del monte en la vecina orilla...  
¡Qué! ¿lloras?... No... no enjugues la megilla,  
Que no es vergüenza en el varon sentir.

Deja correr la lágrima bendita,  
Palabra melancólica del alma:  
Corriendo el lloro, el corazon se calma;  
El lloro apaga el fuego del dolor...  
¡Presto! ¡á caballo! ¡parte!... Esa es la senda...  
Toma á la izquierda, atravesando el río...  
¡Librete Dios del opresor impio!  
¡Sea contigo el brazo del Señor!

Volvia dulce la tranquila hora  
En que la lluvia, el viento, el trueno, callan,  
Y brillan las estrellas, y no hallan  
Nube que eclipse su argentada faz.  
Ya la luna hácia el fin de su carrera  
Iba lenta bajando al horizonte,  
Y vertía en la cúspide del monte  
Un rayo melancólico de paz.

Hernan, en tanto, desde el alto pico  
De un calvo risco, sirve de atalaya:  
Ve al proscrito bajar, cruzar la playa,  
Y vadear el torrente bramador;  
Y ¡Adios! dice, agitando el lanco manto,  
Dos y tres veces desde la alta cresta;  
Y una, dos y tres veces le contesta  
El proscrito infeliz: ¡Adios! ¡Adios!

FIN.



## El príncipe Milosch

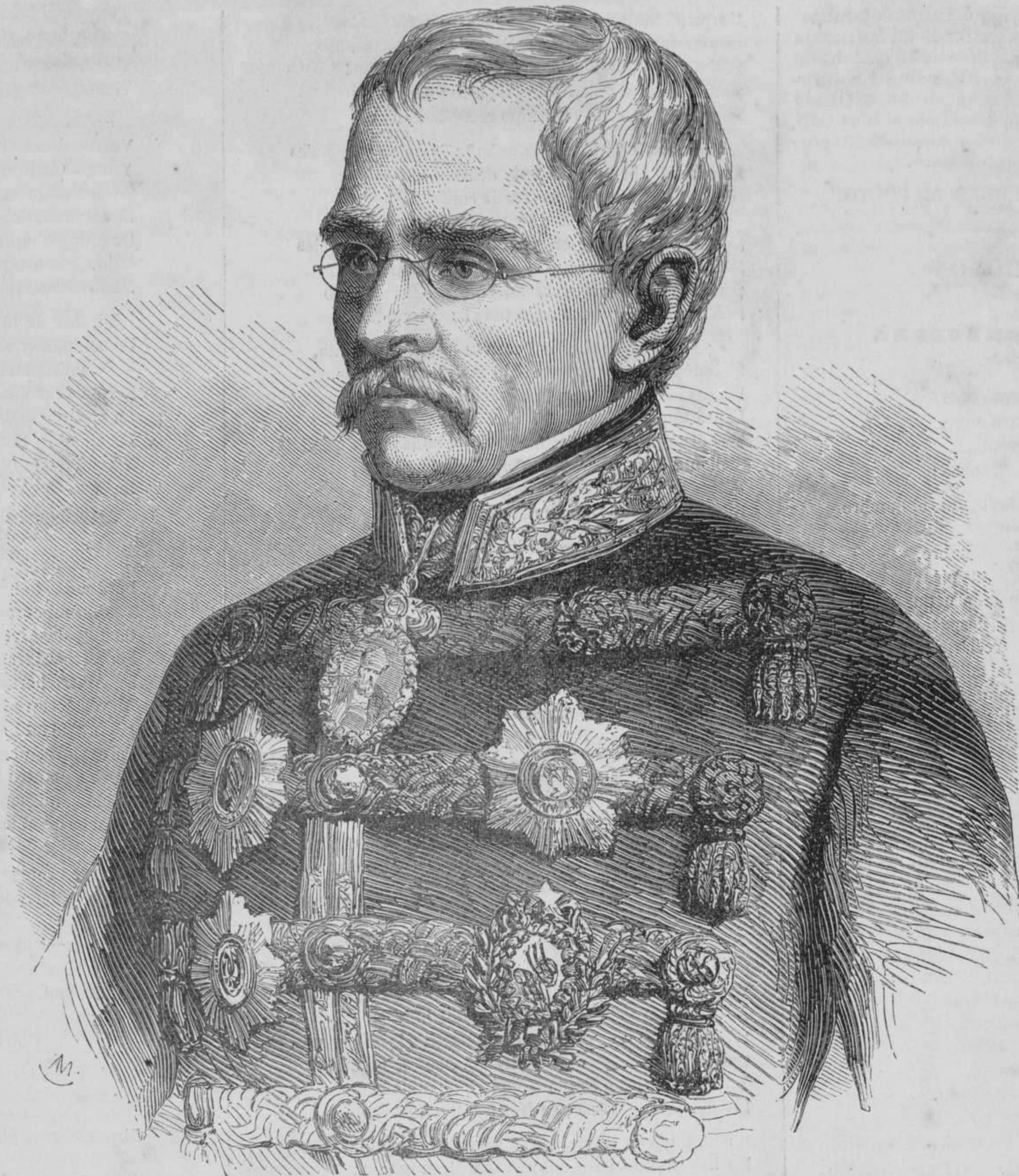
Y LOS SUCESOS DE  
SERVIA.

Asistimos á los preludios de la dislocacion del imperio otomano en sus posesiones tributarias de Europa; el hecho está ya consumado en Africa; le queda provisionalmente lo que posee en Asia.

La Servia, como los principados danubianos, era una de esas provincias tributarias bajo la proteccion del Austria. Colocada entre la Hungría al Norte, la Bosnia al Oeste, la Albania al Sudoeste, la Rumelia al Sur, y la Valaquia al Este, se ve que estaba en el interés del Austria cuidar de la Servia, á fin de conservar una vecindad que no pudiera dar un mal ejemplo á las provincias agregadas á su imperio. Sabido es lo que pasa en Moldavia y en Valaquia: ahora vamos á señalar los últimos acontecimientos de la Servia.

El príncipe Milosch que queda de jefe del Estado, fué derrocado en 1842 por Alejandro Jorgewitch, hijo de Jorge Czerni, que fué derrocado tambien en 1800 por el padre del vavode actual. El príncipe Milosch es un hermoso anciano cuyo retrato se verá entre los dibujos de este artículo.

Sabido es que el príncipe Milosch llegó en los primeros días de febrero á Belgrado, donde hizo una entrada solemne. Antes de esta recepcion habian ocurrido sucesos que indican el verdadero carácter del movimiento que derrocó á Alejandro



EL PRÍNCIPE MILOSCH OBRENOWITCH.

Jorgewitch. — Tomaremos su relacion del *Lloyd de Pesth*:

«En la sesion del 31 de enero la Skuptchina declaró la disolucion del Senado y la destitucion del ministerio. Un crecido número de diputados pidieron la palabra. El primero á quien le tocó, Jorge Kusmanowitch, leyó un discurso, en el cual trató de probar que los individuos que desde 1839 se habian hecho jefes de la oposicion contra la dinastía de los Milosch, eran al mismo tiempo los enemigos mortales de la Servia, y que no tenian la confianza de la nacion. En su consecuencia pedia que en adelante no se confiara ningun destino público á esos empleados que habian sido infieles. Kusmanowitch añadía que no conocia personalmente á todos los traidores; que se limitaba á señalar como tales á Wutisich, á la familia Nenadowitch, á los senadores Jankowitch, Nanajewitch y Gawrilowitch, y que los demás diputados darian á conocer los restantes.

Entonces los diputados gritaron que querian formular las mismas quejas nacionales. Efectivamente, dos oradores tomaron la palabra, y enumeraron una porcion de ilegalidades y de traiciones cometidas por los miembros del Senado desde 1839, sobre todo en los años de 1839, 1842, 1844 y 1836, violando la libertad de los ciudadanos, y atacando á la independencia interior de la nacion. Concluyeron presentando una proposicion que decía de este modo: «Desde este

día no se dejarán mas los destinos de la nacion en manos de hombres que han perdido su confianza, y esos hombres son todos los senadores y ministros actuales.»

Otros oradores quisieron tomar la palabra; pero la asamblea declaró que era inútil, y proclamó por unanimidad que los senadores y los ministros actuales no habian disfrutado jamás de la confianza de la nacion, y que desde aquel momento cesaban de dirigir los asuntos del país. La Skuptchina dirigió al mismo tiempo el documento siguiente al legado del príncipe:

«Al delegado del príncipe Stewstcha Michalowitch, 31 de enero.

» Belgrado. 1839.

» La Skuptchina, llamada por Dios y la nacion á representar fielmente los derechos y los intereses de la nacion y á fundar su felicidad, conoce desde hace largo tiempo que sus deberes mas sagrados la dictan imperiosamente que proteja en lo sucesivo lo que forma su mision mas santa, separando á todos los funcionarios que no solo han impedido hasta aquí la prosperidad nacional y el progreso, sino que han probado con sus acciones directamente opuestas, ilegales y desleales, desde 1839 hasta el día, que la nacion no podia tener confianza en ellos.

» Por estos motivos la Skuptchina declara y proclama en nombre de toda la nacion serba que todos los senadores y ministros



EL CORONEL ESTANISLAO PETROWICH, 1<sup>er</sup> edecan del príncipe.



UN DIPUTADO SERVIO.

Jules. Savoy

J. Savoy



han obrado contra el interés nacional que debían defender, y han perdido la confianza de la nación. Por esto, desde la fecha dejan de tomar parte en las deliberaciones y en el gobierno de la nación serba á la cual han sido infieles.

» Tocante á los demás funcionarios desde los mas elevados hasta los mas subalternos, la Skuptchina decide y proclama que solo continuarán en sus funciones aquellos que no inspiren ni repugnancia ni desconfianza á la nación ni al príncipe; además, la Skuptchina hace observar que hay muchos funcionarios que merecen ser destituidos inmediatamente.

» La Skuptchina somete esta proclama al delegado del príncipe, con la reflexion de que la nación considerará como traidores á los que no observen estos decretos cuando el príncipe Milosch tome las riendas del gobierno, y en la próxima Skuptchina hará responsables á los ministros de todo ataque á esta resolución. Debe saberse en fin que la nación no es patrimonio de los funcionarios, sino que los funcionarios existen solo por la nación, y que nadie puede obligar á la nación á que conserve en su servicio á los traidores. La Skuptchina nacional suplica al mismo tiempo al delegado del príncipe que tome las medidas necesarias para que todos los destituidos se encuentren en la imposibilidad de inquietar á la nación con sus intrigas.»

Despues de esta manifestacion, el príncipe Milosch, cuyo poder no ha sido reconocido por la Puerta mas que con la condicion de que sea vitalicio, se proclamó jefe hereditario con el asentimiento de los representantes de la nación, de modo que no se trata solo de un cambio de autoridad, sino de una verdadera revolucion.

Segun las últimas noticias, la agitacion continúa. En la sesion del 9 se leyó el berat de la Puerta que daba la investidura al príncipe Milosch.

Como en el berat no se hacia mencion del derecho hereditario, y como tampoco se llamaba á Milosch el elegido por el pueblo, sino que se decia simplemente que era nombrado por el sultan á consecuencia de la abdicacion del príncipe Alejandro, la Skuptchina resolvió protestar contra ese ataque á los derechos del pueblo. Una muchedumbre innumerable esperaba fuera para saber la decision de la Skuptchina.

De resultas de esta protesta el príncipe Milosch publicó el 11 una proclama anunciando que habia sido restablecido en la dignidad de príncipe hereditario de Servia. Añadia que contaba con que el brazo que en otro tiempo libertó á la Servia, tendrá bastante fuerza para darle un porvenir de felicidad y de gloria, y concluia prometiendo que reinaria en conformidad á las leyes y á los votos de la nación serba.

Además hizo los siguientes nombramientos: Magazinowitch, ministro interino de Negocios extranjeros; Ivanowitch, ministro del Interior; Herbos, senador retirado, ministro de Hacienda; Ugrichich, hasta aquí presidente del Tribunal de casacion, ministro de la Justicia y de los cultos.

Por último, el príncipe Milosch anunció al pueblo su advenimiento como príncipe hereditario restaurado de la Servia, y su intencion de entregar en su día el poder á su hijo como á su legítimo sucesor. Al dia siguiente de su entrada, esto es, el 7, el príncipe Milosch recibió á los cónsules generales extranjeros que le fueron presentados por Cabuli-Effendi.

El ex-presidente del Senado Wutschitsch fué encarcelado el 11 como culpable de traicion, y será juzgado por los tribunales.

Se asegura que el príncipe Milosch no confirmará el decreto de la Skuptchina desterrando á los turcos y slaves que no son servios, porque tres

EL PRÍNCIPE MILOSCH OBRENOWITCH RECIBIENDO A LA DIPUTACION SERVIA.





cónsules han protestado contra esta medida, y porque los Obrenowitch hallaron un asilo en Austria en otra época.

X.

### Revista de Paris.

En las páginas 168 y 169 de este número publicamos dos láminas que representan, la una el gran banquete dado en Tullerías con motivo del casamiento del príncipe Napoleón con la princesa Clotilde, y la otra el baile con que la Villa de Paris obsequió á la princesa de Cerdeña. El banquete imperial fué ostentoso, y en cuanto al baile se desplegaron para él todas las magnificencias que se acostumbra á ver en el Hotel de Villa. El salon del Trono, el patio de Luis XIV, la galería de las fiestas, los aposentos del Mediodía y las escaleras principales del gran palacio municipal parecían otros tantos lugares encantados. El adorno mas notable consistía en plantas y arbustos exóticos, maravillas tropicales dispuestas en gradierías y en grupos de flores, en cuyos centros habia cascadas y surtidores con iluminaciones espléndidas. Las galerías de arcos del patio de Luis XIV, los dos vestíbulos que conducen á ellas, y la escalera de Enrique II se hallaban transformados en vergeles donde florecían las lilas, los jacintos, los tulipanes y las rosas. Las paredes se hallaban entapizadas con enredaderas cubiertas de flores.

A las once llegaron el príncipe Napoleón y la princesa Clotilde, acompañados de los oficiales y damas de honor de su casa. SS. AA. II. fueron recibidas por el prefecto del Sena, el secretario general de la Prefectura y los miembros del consejo municipal. El baile comenzó á las doce de la noche y asistieron á él diez mil personas.

En la semana anterior se dió una gran comida en el hotel del Louvre, que tenia un objeto mas humilde que el de estas grandes fiestas: era en honor del «doctor negro.» Este doctor negro, llamado M. Vries, es hijo de las regiones tropicales. Siendo muy jóven pasó á Holanda, patria de su padre, para estudiar la medicina, y allí comenzó á comprender la pobreza de la Flora europea comparada con la riqueza de la vegetación de los trópicos.

Después de haber terminado sus estudios en la universidad de Leyde, M. Vries se embarcó para ejercer su arte en una de las colonias inglesas.

El amor á los viajes y el deseo de estudiar por sí las diferentes plantas que emplean los indios para la cura de ciertas enfermedades reputadas incurables en Europa, le hicieron explorar países casi desconocidos.

Estos viajes que duraron muchos años, no fueron estériles. M. Vries aprendió á conocer en ellos diversas plantas cuyas propiedades curativas habia podido apreciar, y especialmente el antídoto de la elefantiasis, esa enfermedad terrible que hace tantos estragos en los países donde reina.

Este descubrimiento era sin duda alguna muy importante, pero el intrépido viajero debia hacer otro mas importante aun, el de una planta anticancerosa.

Con este precioso remedio ha llegado á Paris, y á esta fecha ha curado ya á varias personas que habian sido abandonadas por los médicos parisienses, entre ellas á M. Sax, el célebre fabricante de instrumentos de cobre, que tenia en un labio un humor canceroso que habia resistido á todos los tratamientos.

Estas curas maravillosas han dejado sorprendidos á los príncipes de la ciencia, gente que se sorprende con mucha dificultad, y el doctor negro es asunto en el día de todas las conversaciones.

Uno de estos días verá la luz pública un folleto muy circunstanciado, muy imparcial y muy curioso, que se titula *La verdad acerca del doctor negro*. En el folleto se explica quién es este doctor, y como lo mas interesante es lo relativo á la planta misteriosa con que el facultativo indio cura enfermedades que hasta hoy no tenían antídoto conocido, vamos á extraer ese fragmento de las pruebas del folleto en cuestión que tenemos á la vista.

M. Vries, siguiendo la costumbre general de los médicos en la India, habia abierto una casa de sanidad en una de las islas de la Sonde donde se habia establecido.

A esa casa acudian principalmente los enfermos atacados de elefantiasis, que el doctor curaba con una facilidad prodigiosa, gracias á la planta que tan felizmente habia descubierto entre los salvajes.

Continuamente daban serenatas al prodigioso doctor, y M. Vries posee los certificados mas lisonjeros de curas de elefantiasis, firmados por las autoridades principales del país.

Pero al lado de las elefantiasis que el doctor curaba perfectamente, habia los cánceres, que no podía curar porque los trataba por la medicina ordinaria.

Un día entró en el hospital un infeliz con un sarcocele espantoso.

M. Vries le examina, y juzga, como juzgarían aun todos los médicos, que solo una operación quirúrgica ofrece algunas probabilidades, si no de cura radical, al menos de salvación momentánea para el enfermo.

M. Vries da sus órdenes, y todo se hallaba ya preparado para la operación, cuando entra un indio criado del doctor, y pregunta al practicante qué es lo que van á hacer.

— Una operación, responde el practicante.

— ¿A quién?

— Al enfermo atacado de sarcocele.

— ¿Y qué es un sarcocele? exclama el indio.

— Es un tumor carnososo y duro que se forma en el escroto, dice el practicante con una arrogancia doctoral capaz de intimidar al mas pintado.

— ¿Y es preciso hacer esa operación?

— Sin duda alguna; de ciento que estén atacados de esa enfermedad mueren los noventa y nueve.

— Quiero hablar al doctor, dijo entonces el indio,

— Esperarás á que la operación esté concluida.

— No por cierto; le quiero hablar justamente para impedir que la haga.

Introducido adonde estaba el doctor, el indio le dijo:

— ¿Podría Vd. retardar la operación veinte y cuatro horas?

— ¿Y para qué?

— Para que yo tenga tiempo de ir al bosque y traer una planta que curará al enfermo sin que haya que operarle y sin dolor ninguno.

— ¿Estás seguro de lo que dices?

— Segurísimo, respondió el indio.

— Pero en fin, ¿cómo conoces tú la planta maravillosa y sus virtudes?

— Mi madre me la dió á conocer al morir, y antes habia podido ver yo que habia sanado con ella muchas de esas enfermedades.

— Corriente, le dijo el doctor, te doy veinte y cuatro horas para que me traigas esa planta.

Con efecto, al otro día volvió el indio con la planta dotada de esa facultad preciosa. El mismo preparó y administró el medicamento como lo habia visto preparar y administrar por su madre.

Hizo una especie de cataplasma que aplicó á toda la parte enferma, y la renovó dos veces cada día.

Al cabo de una semana durante la cual se habia continuado este tratamiento, el tóxico principió á producir su efecto. El enfermo no padecía tanto, y el sarcocele se ablandaba y disminuía.

Por último, tres meses después de la primera aplicación de esta planta maravillosa, el enfermo se hallaba enteramente sano.

Estaba hallada la quina del cáncer, según la expresión pintoresca del facultativo.

Posteriormente curó otro cáncer con la misma planta, y repitiéndose los casos pudo convencerse de la infalibilidad del remedio traído por el indio.

Entonces M. Vries se dedicó á extraer de la planta las partes curativas que administró mas tarde en píldoras con el mejor éxito.

El acaso dió á la ciencia otra vez mas en esta ocasión el auxilio de su colaboración poderosa.

Provisto de tan eficaz remedio, no hay duda que el doctor encontrará en Europa lo que ha venido á buscar, esto es, la gloria y la fortuna.

En otro orden de cosas vamos á citar ahora un rasgo de heroísmo.

Noches pasadas hablaban dos amigos en el salon de descanso del Teatro Italiano, y uno de ellos decia:

— En este teatro me ha sucedido una aventura extraordinaria.

— Una conquista, interrumpió el amigo.

— Si, una conquista, y quiero que sepas el lance porque eres mi amigo.

— Veamos pues.

— Fué en el mes último. En medio de un acto de *Semiramide* noté que era yo objeto de una atención particular por parte de una jóven hechicera que se hallaba en un palco. Como todas las veces que me volvía hallaba los ojos de la jóven fijados hácia mi lado, hube de imaginarme que tenia cerca algun mozalvete de esos que llevan el pelo muy rizado y el lazo de la corbata muy bien hecho; pero no tardé en convencerme que era yo el favorecido con aquellas miradas.

— Vamos, era alguna dama de las que se ocupan de conquistas...

— No; las dudas que tenia sobre este punto han desaparecido con los informes que he tomado ayer... Pero no anticipemos...

— Eso es, las cosas por su orden.

— Queriendo conocer la verdad de la situación, correspondí á las miradas, y al fin de la representación un hombre menos modesto que yo lo soy, no habria podido conservar ninguna duda sobre la realidad de su desgracia...

— De su felicidad, interrumpió el amigo.

— No, he dicho desgracia y lo repito. Prosigo mi narración. En los corredores, en la escalera, en el vestíbulo, no perdí de vista á la jóven, y siempre la distinguía con los ojos fijados en mí. — ¿Quién es pues, me preguntaba yo con desconfianza, esa niña que así se aventura con un desconocido? Debe ser una persona vulgar... Pero mirando á la señora que la acompañaba, conocí que no podía ser otra mas que su madre.

Cuando salieron del vestíbulo la seguí á su coche, que felizmente era de alquiler, pues confieso que me recordaba la conciencia por haberme dejado seducir por el perfume de lujo y de aristocracia que rodeaba á la jóven. Esta dió las señas al cochero en voz bastante alta para que las oyera yo.

— Vamos, me dije cuando arrancó el coche, esta es una invitación para que prosiga la aventura; ¿porqué no lo he de hacer? Ella no es rica, y por consiguiente podré casarme con ella si la quiero.

Después de haber meditado en la novela toda la noche, fui al día siguiente á pasearme por la calle donde estaba la casa de la jóven. La vista de un edificio hermoso, casi un palacio, me hizo creer que me engañaba en las señas; pero no, aquella era la casa, aquel el número, y mis últimas dudas debieron desaparecer cuando ví salir un carruaje elegantísimo donde reconocí á la hermosa jóven.

El descubrimiento me causó una impresión penosa; ella pertenecía sin duda á la aristocracia, según lo indicaban los blasones que habia visto pintados en las portezuelas.

Aun me quedaba una esperanza: quizá aquel coche no pertenecía á las personas que habian salido en él, y para cerciorarme de esto me diriji al lacayo que cerraba la puerta y le pregunté:

— ¿De quién es el coche que acaba de salir?

— De la señora condesa, que va á paseo con su niña. Si gusta Vd. dejar su tarjeta, se la entregaré á la señora condesa, añadió el criado tomándose por una visita de la casa.

— Es inútil, volveré luego, le respondí.

Tomé mas informes en la vecindad, y no quedándome ya ninguna duda de que la jóven del teatro pertenecía á la alta aristocracia, me alejé desesperado de mi infortunio.

El amigo que oia esta narración singular, se echó á reír de lo que el narrador se obstinaba en considerar como una desgracia; pero este hizo presente que solo un intrigante ó un mal hombre aprovecha tales ocasiones, y que en cuanto á él, antes que trastornar á toda una familia por la imprudencia de una jóven, prefería retirarse, pues sus aspiraciones honrosamente no podían llegar á tal altura.

Tal es la aventura.

MARIANO URRABIETA.

### La Reina de la vendimia.

POR JAVIER DE PALACIO.

I.

De súbito la rubia vendimiadora dió un grito de triunfante alegría.

Entonces sus compañeras empezaron á murmurar en coro: «¿Qué es ello?» Después en el extremo de una banda brillaron dos ojos que miraban hácia donde estaba Luisilla.

Luisilla era la linda chica que acababa de gritar. ¿Y porqué gritaba? ¿Porqué su pequeña y rubicunda boca habia lanzado al aire aquella loca expresión de contento, aquella chispa eléctrica, aquella lluvia de alegría que brotaba de su corazón?

¡Ah! eso es lo que vamos á explicar, y para ello corremos por una vereda que nos conducirá muy pronto al camino real de nuestro cuento.

En las orillas del Danubio, porque en ellas nos hallamos, florecen mil tradiciones encantadoras.

Créese que Dios forma siempre dos almas á la vez, que se separan al caer de sus manos, algunas veces para no encontrarse sino en el cielo, y otras para encontrarse en la tierra. En uno ú otro caso, es el amor, la felicidad, el paraíso.

Excusamos decir que estas dos almas semejantes son siempre de una jóven y un mancebo.

¡Pero cómo reunirse, conocerse, casarse con seguridad! Muchas veces hay engaños, y estos son los malos matrimonios.

Pues bien; en las orillas del Danubio nadie se engaña; conócese el arte de evocar la otra mitad de sí mismo, de trabar relaciones con su alma gemela, de saber con la sombra el amor de la verdad.

En invierno, por dos almendras encerradas en la misma cáscara; en primavera, por dos cerezas confundidas como los labios en una sonrisa de niño; en verano, por dos espigas en un mismo tallo; en otoño, por dos racimos blancos soldados por siete uvas negras, ni mas ni menos.

¡Qué capricho! ¡Pero qué seguridad!

En las espigas, en las cerezas y almendras se puede ver una equivocación, pero nunca dejar de ver. — Con el maravilloso racimo todo es visible, todo cierto, todo palpable.

Cuando es llegada la hora, parece descender de los espacios una armonía celestial... Después una nube de perfumes, de donde no tarda en salir el amante desconocido.

O una amante, porque la leyenda tiene aplicación á los dos sexos.

En cuanto á la evocación, ya observaremos á Luisilla.

Sigamos con la aparición.

El fantasma, la sombra, el Sosa vaporoso dice su nombre y su familia si es extranjero; si no, se deja ver nada mas.

En el último caso, se supone la explicación; en el primero, el jóven se pone en camino, también la jóven, lo que ocasiona á veces agradables encuentros.

Y se casan, aun á despecho de las preocupaciones paternales; ¿Quién osaría desunir dos corazones ligados por el cielo!

Semejantes matrimonios son siempre felicísimos: almendras ó cerezas, espigas ó racimos, son siempre conservados como oro en paño; estos talismanes del amor tienen la virtud de exorcizar al instante las negras ó pardas nubes que pasan y repasan constantemente por el cielo del matrimonio.

Ya veis si es ó no un acontecimiento el encuentro de tan agradables amuletos.

Y esto precisamente es lo que acaba de suceder á Luisilla.

Vendimiadoras y vendimiadores forman corro á su alrededor; dudaban, querían ver; examinóse el talisman en todos sus detalles. Nada le faltaba; era la blanca dorada de la uva; era la soldadura vegetal con los siete anillos negros; era el racimo de los celestes amores.

Los muchachos estaban despechados, las muchachas furiosas: aquellos, porque Luisilla era la mas pobre de todas; estas, porque entre todas, Luisilla era la mas hermosa.

— ¡Habrás visto! murmuraba una rica labradora: el talisman destinado para la boda, cae precisamente en manos de la que nadie querría para mujer.

— ¡Es una picardía! zumbaba la hija del burgomaestre; esto no se cuenta: es necesario hallarse en posición de ser amada para tropezar con el racimo de los amores.



Y los muchachos excitaban á las muchachas, y las muchachas enrababan á los muchachos, y toda la vendimia se agrupó tumultuosamente á algunos pasos de Luisilla.

## II.

Callaba la huérfana; toda temblorosa miraba, deramando lloro abundante, su pobre racimo que quizá le arrebatarian; su único bien, su tesoro.

No; me engaño: ella tenía ojos azules que valian mas que el estrellado azul; una tez de ópalo, labios rojos como el rosicler de una rosa color de rosa; cejas negras como purísimo azabache, rubia crencha, y en aquel momento, las lágrimas que caían sobre sus pequeños pies de alabastro asemejaban un rocío de diamantes.

Y aquel contorno purísimo como el de una virgen de Murillo, aquellas formas virginales como los sueños de sus doce años, estaba cubierto con cuatro harapos miserables, pero que hacían aun mas interesante tan seductor conjunto.

La deliberación terminaba; rodean de nuevo á la casta virgen, y el vendimiador que antes hablara tomó la palabra:

— Luisilla, dijo: hemos decidido que tu encuentro es un error de la casualidad; por consiguiente, tu racimo va á sortearse entre todas las muchachas de la aldea, y la que sea favorecida, te dará en cambio un barril de cidra.

— ¡Bravo! clamaron todos.

— ¡Lo que viene del amor, se da y no se vende! respondió Luisilla.

Escribiéronse en verdes hojas los nombres de las jóvenes, excepto el de la agraciada: colocóselos en un sombrero; había diez y siete.

Un niño con los ojos vendados aventuró su mano en el sombrero.

— ¡Este es el nombre del agraciado!

— Leed pronto.

— Luisilla.

— ¿Cómo es eso? — ¡Mentira! — ¡Comenzad de nuevo! — ¡Chit!... — ¡Pronto! — ¡Pronto! — ¿Quién es? — Luisilla.

¡Y la vez tercera el mismo nombre! ¡Y siempre el mismo!... ¡Y en las diez y siete hojas, Luisilla!

¡Qué estupefacción! — ¡Qué despecho! — ¡Qué furor! — Es una bruja. — Llévase la al obispo. — Quemadla. — Venga el racimo. — ¡Sí, sí!... ¡A mí!... ¡A mí!... ¡A mí!...

Y diez y siete manos furibundas revoloteaban trémulas en torno de la pobre muchacha...

De pronto oyóse en la base de la colina un atronador zumbido de trompetas. A tan inesperada algazara, vendimiadores y vendimiadoras cayeron con el rostro hácia el suelo.

## III.

Estamos en el año mil, y los astrónomos habían predicho el fin del mundo.

A cada sonido de instrumentos extendido por lontananza, creían locamente en las trompetas del juicio final.

Pasaron algunos minutos de agonía, en los que nadie osó levantar la cabeza ni abrir los ojos.

Juzgad pues de lo culminante del terror, cuando todos los muchachos sintieron sobre sus espaldas, como la caricia poco agradable del regatón de las artesanas.

Era cosa para morir de repente.

Felizmente gritó una voz:

— ¡Arriba, imbéciles!...

El ángel exterminador hubiera hablado con mas política.

Nuestros poltrones volvieron el rabo del ojo, y reconocieron con cierta satisfacción que sus enemigos eran solo trompetas militares, ó mejor dicho, heraldos de armas.

— ¿Cuál es la aldea de Badschlag? preguntó el que parecía jefe.

— ¡La nuestra! respondieron las muchachas con agradable sonrisa.

— ¡La nuestra! clamaron los mozos imitando á las doncellas.

— ¡Atrás, bárbaros! gruñó el oficial, nuestro negocio se entiende únicamente con el bello sexo.

Hicieron cerco los mozos, trocaron sus sonrisas estúpidas por las muecas mas ridiculas.

— ¡El retrato! dijo entonces el tambor mayor de los heraldos.

Aproximóse respetuosamente un joven, y abrió un rico estuche de palo santo, que contenía el retrato de una joven tan hermosa, que mas bien parecía un sueño de poeta daguerrotipado en la tela, una hada, una hurí, un ángel.

El oficial pasó revista á las diez y siete Badschlagesas, deteniéndose delante de cada una para compararla con el retrato.

Para las lindas, dejaba escapar un suspiro que parecía significar: ¡Qué lástima! Para las viejas y las feas, una mueca y ligereza significativas.

— ¡Viaje inútil! murmuró llegando al otro extremo de la línea.

— Perdon, observó el pajecillo; pero allí veo otra joven que es sin duda de la aldea de Badschlag.

Y señalaba á Luisilla, separada modestamente de sus compañeras, con el racimo de los amores.

— ¡Veamos pues, muchacha!... llamó el heraldo de armas de una manera poco amable.

Pero apenas volvió Luisilla su linda cabeza, cuando exclamó espontáneamente:

— ¡Ella es!

Y muy confuso y contrariado, vino á arrodillarse respetuosamente á sus pies.

— ¡Ella es! exclamó el acompañamiento arrodillándose tambien.

Dejó á vuestro juicio la estupefacción de los vendimiadores, la sorpresa idiota de los mozos, y sobre todo, la admiración de Luisilla.

Algunos segundos despues los soldados abrieron tres cofres: el primero lleno de oro, el segundo de pedrerías, y el tercero de vestidos y galas dignas de una reina, presentándolos con el mas profundo respeto á Luisilla.

— ¿Para mí? balbuceaba la pobre niña; ¿para mí todas esas riquezas?...

— Mañana sabréis el motivo, señora... replicó el jefe de los heraldos de armas; pues hasta mañana no llega quien puede reservarse el derecho de manifestároslo todo. Entre tanto, nuestra misión se limita á ofreceros estos presentes y velar por vos.

Al acabar estas palabras, levantóse; los demás hicieron otro tanto; y todos, sombrero en mano, esperaron las órdenes de Luisilla.

Palpitante, indecisa, creyendo en soñar, la huérfana deslumbrada contemplaba sucesivamente los cofres sin decir una palabra.

Entre tanto, los vendimiadores de ambos sexos entonaban coros en loor de Luisilla, la huérfana, la harapos; y la brisa de la tarde, y el aroma de las flores, y el sol que se hundía radiante de oro y luz en Occidente, y las verdes cepas, y las colinas, formaban un cuadro célico, divino, que solo podía concebir y animar Dios en sus secretos destinos, y trasladar al lienzo ó al papel la mano inspirada del artista...

## IV.

La pobre niña, cuyo porvenir acababa de cambiar en algunos minutos, quiso cerciorarse de si aquella metamorfosis era sueño ó quimera, y tomando en sus pequeñas manos unas cuantas piedras preciosas, comenzó á distribuir las entre sus compañeras.

Despues llenó su delantal de escudos de oro, y rogó al burgomaestre los distribuyera entre los pobres: en seguida, tomando el mejor vestido del tercer cofre, lo ofreció para la modesta Madona de la aldea.

— Bendita seas en tu nueva fortuna, hija mia, replicó el prelado, porque te muestras digna de ella, y Dios te la conserve si en tan buen camino continuas.

Luisilla inclinó su rubia cabeza á la bendición del anciano, que acudiera á tan extraordinario suceso, lo mismo que las notabilidades de la villa.

Y levantándose radiante de alegría, ordenó á los extranjeros condujeran el equipaje á su choza, á donde ella comenzó á guiarlos.

Todos los mozos del pueblo precipitáronse tras su breve huella, como moscas en derredor de sabroso panal; pero ella los detuvo con un gesto lleno de gracia y acariciando con su mirada azul el racimo de los amores:

— No tendré otro marido, dijo, que el que me indique el talisman.

Despues, el brillante acompañamiento de la huérfana desapareció á través de las viñas.

Las vendimiadoras entonces corrieron á los vendimiadores, con el fin de echar en cara cada una á su cada uno su mentida fidelidad.

Empero los vendimiadores volvieron la espalda á las vendimiadoras, y marcharon en grupos, cabizbajos todos, y todos con la misma idea fija en la imaginación, de suplantar al amante anónimo; ¿pero cómo?

¡Voto á cribas! por medio de una aparición, ó espíritu... ó fantasma... Introduciéndose á media noche, hora de la evocación... en la choza de la huérfana, y designándose como el amante escogido por el cielo.

La astucia no dejaba de ser buena, cuando un solo galán intentase la aventura con la crédula niña. Pero diez y siete al mismo tiempo, era una locura.

Para ayudar tan arriesgado propósito, buscóse á una vieja considerada como bruja, la cual fué consultada clandestinamente por todos los mozos del pueblo; ni uno solo faltó: y aun se pretende que el burgomaestre, respetable viudo con sus cincuenta y cinco años, todo un burgomaestre, fué tambien á consultar en su espelunca el horroso vestigio que servía de pitonisa...

Respondió á cada cual que era necesario disfrazarse de diversas suertes, como de fantasma blanco, de espectro negro, de mágico de Arabia, de trovador, de caballero... y es fama que previno al burgomaestre se trasformara en ángel guardian con sus alas y todo.

Valor se necesitaba para usar de estas bromas en el año de mil, cuando de un momento á otro podía sonar la última hora del mundo.

Sin embargo, todos obedecieron á las doce en punto de la noche. ¡Terrible sed de oro!...

Si las trompetas fatales hubiesen hecho caer las murallas de la aldea, ¿qué espectáculo para los arcángeles!

Un carnaval en forma, un *aquelarre* de Gœthe, un verdadero *pandemonium*.

Però aguardemos un poco, y volvamos á Luisilla.

Encerróse en su cabaña miserable con los tres esplén-

didos cofres y el racimo de los amores, mientras que los heraldos de armas se instalaban en una granjería contigua á la choza, con el oído atento al muro, no por curiosidad, sino por una vigilancia fanática.

Sola Luisilla, examinó sus vistosas galas, y escogió para adornarse un blanco vestido de *muselina*, que parecía tejido por la mano de la Virgen, y una corona de flores del campo.

¡Y cuidado que estaba hermosa con su sencillo tocado! ¡Y cómo sus rubios cabellos parecían hilos de oro sobre apretada nieve de las montañas! ¡Por Dios que está hermosa Luisilla! Bien es verdad que nunca había dejado de serlo.

¿Pero qué significaba todo aquello? hé aquí la pregunta continua de la niña; y con su lindo piecico golpeaba impaciente el suelo, y su pura frente, tan fresca como una rosa entreabierto, se arrugaba meditativamente como la sensitiva de los campos al contacto de un cuerpo extraño.

Però todo lo que le pudo responder el pajecillo que cenaba á la luz de la luna, era que los heraldos de armas, enviábalos un gran príncipe que tres meses antes había consultado en su país el racimo de los amores. La aparecida fué una joven que diz habitaba en Badschlag: apresuróse á hacer él mismo el retrato de la ceste aparición y...

La voz del capitán le impidió decir mas. Empero aquello era bastante para satisfacer la curiosidad de la joven.

— Príncipe ó no, dijo haciendo el mas gracioso de los movimientos, si el racimo de los amores no me aconsejara amarle, en balde sería su retrato, sus tres cofres y los gastos del viaje. Però ya se aproxima la hora de la evocación... ¡pronto!... ¡pronto!...

En efecto, el reló de la aldea no tardaría en dar las doce; Luisilla colocó su única mesa en medio de la habitación; sobre esta mesa un blanco mantel y sobre él tres hojas de parra, depositando encima el racimo de los amores. — Tras de una canción del efecto, oyó el sonido lento del reló que marcaba la media noche. Al duodécimo golpe, la luna se ocultó en una oscura nube, y la choza quedó sumida en la oscuridad.

Luisilla tembló.

Però en aquel momento oyó pasos á derecha é izquierda, y por todas partes á la vez.

— ¡Dios mio! murmuró temblando, ¿cuántos pies tiene mi marido?

Apenas concluía estas palabras, inundóse la barraca de un mar de luz.

¡Horror! Luisilla apercibió al punto como una legión de fantasmas blancos y negros, sin contar los trovadores, caballeros, magos, toda la mascarada que sabemos, saltando confusamente á la luz de la luna.

La joven, espantada, volvió la cabeza.

Però aquella parte estaba un ángel batiendo sus alas.

— ¡Ah! dijo, ¡es el amante esperado!

Y corrió á buscar un refugio en sus brazos.

¡Horror! ¡tres veces horror! era el espantoso burgomaestre.

Luisilla dió un grito y cayó desmayada.

Y la luna, que de nuevo se ocultaba, dejó á la choza en la mas profunda oscuridad.

Empero al grito de la joven, los heraldos de armas habían mirado por las rendijas del muro exterior.

Aquello solo bastó para hacerles adivinar la verdad.

— Caigamos sobre esos miserables, dijo el capitán, y la trompa sonó con un ruido infernal.

— ¡El juicio final! gritaron las máscaras llenas de espanto y echando á correr.

Y las trompetas los perseguían á través de los sembrados y los bosques.

Las máscaras corrían siempre y las trompas sonaban á lo lejos. Y sucedíanse los gritos, las imprecaciones y las caídas: aquello era fantástico, suntuoso, imposible, y duró el resto de la noche.

Sin embargo, Luisilla permanecía desmayada.

De súbito apareció un hermoso joven, corrió á ella, sacó de su justillo de terciopelo un pomo de oro, y levantando á la joven, hízola respirar dulcemente la vida, por sus narices rosadas como son las rosas.

— ¡Vuelve en tí! decía al mismo tiempo, ¡vuelve en tí, amada mia!

— ¡Oh, Dios mio! suspiró Luisilla, cuán dulce es su voz para un burgomaestre.

Y el desconocido la tomó la mano.

— ¡Jesus! dijo un poco mas alto, y su mano para un burgomaestre es en extremo dulce.

Convenid, queridos lectores, en que la luna hubiera cometido una torpeza dejándolos sepultados en la sombra.

A su poética luz de plata, Luisilla apercibió al bello joven que sonreía á la vista del racimo de los amores.

— ¡Sombra de mi amado! exclamó Luisilla, ¡oh! yo te amo ya.

Y se acercaba el uno al otro, separándolos solamente el misterioso talisman.

Al comer ambos en el racimo de los amores, sus labios se tocaron.

— ¡Luisilla! murmuró dulcemente el hermoso joven estrechándola en sus brazos.

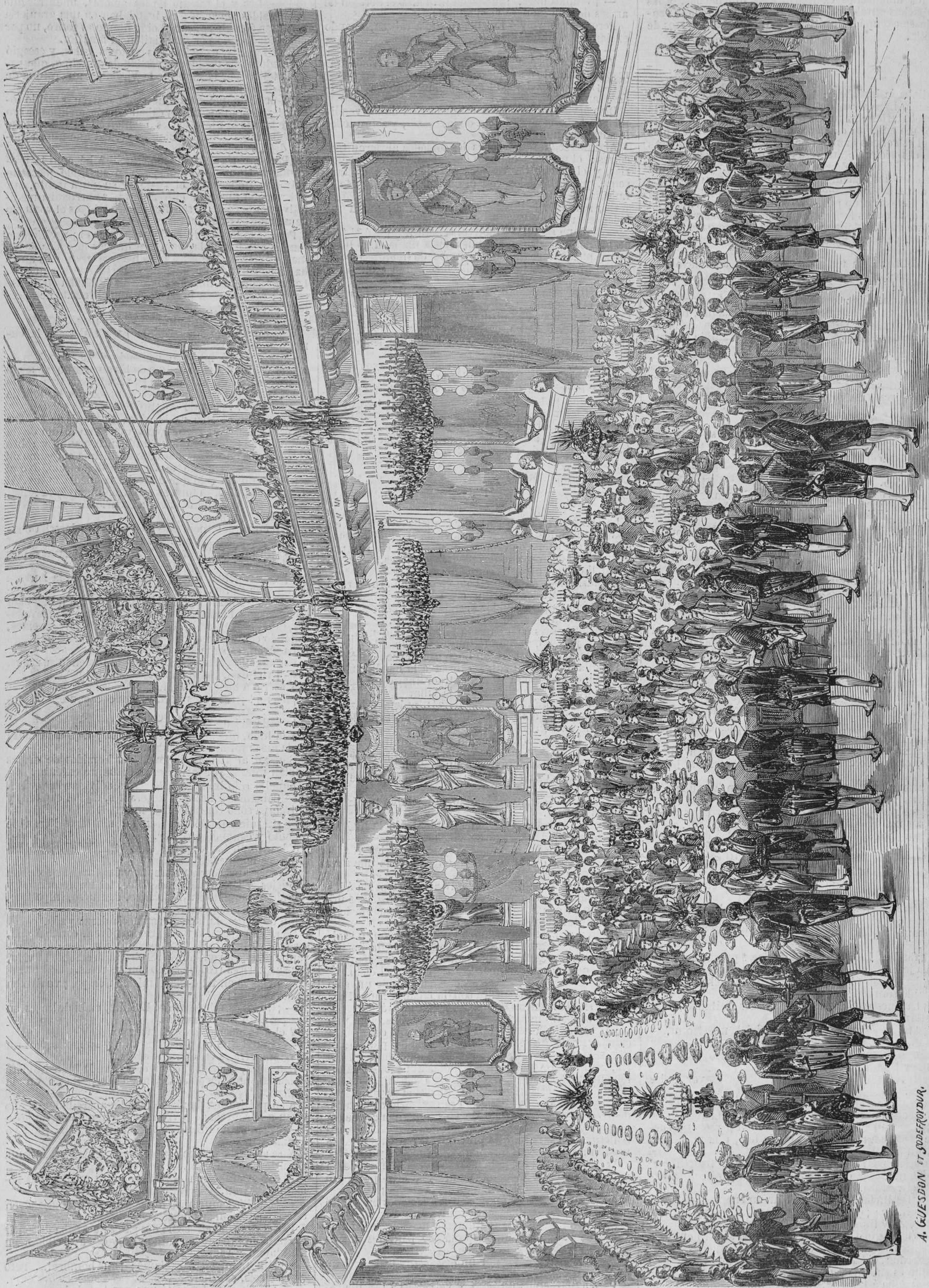
Però la joven retrocedió dos pasos: acababa de sentir el latido de un corazón junto al suyo, y apercibióse en fin que no era un sueño.

— ¡Un hombre!... exclamó; ¡un hombre!... Però ¿quién sois, caballero?

— ¡El príncipe! replicó una voz á su lado.

Volvióse ella vivamente; era el capitán de los heral-

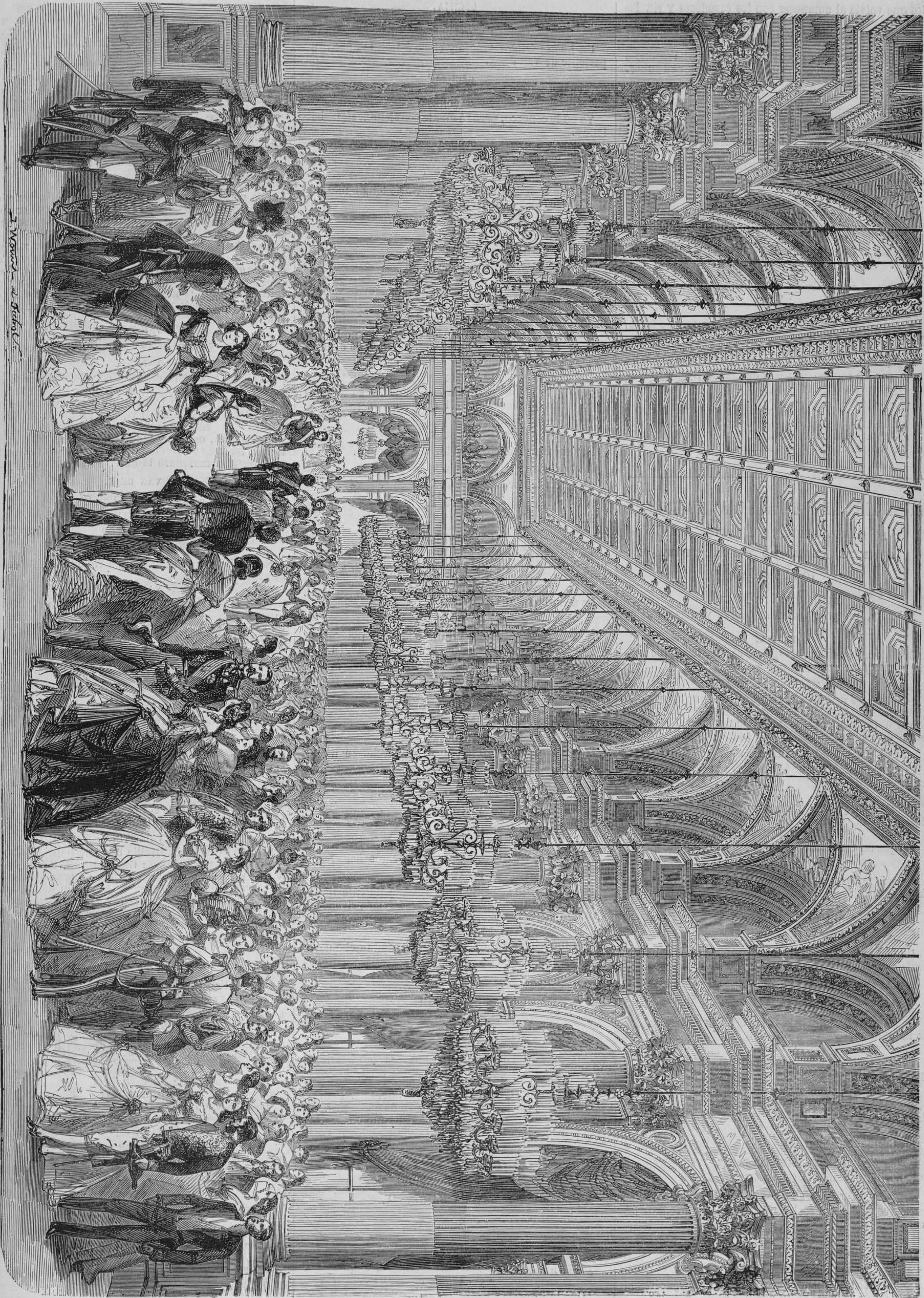




A. GUESDON ET GODFREYDUR.

GRAN BANQUETE DADO EN EL SALON DE LOS MARISCALES EN TULLERIAS, CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DEL PRINCIPE NAPOLEON CON LA PRINCESA CLOTILDE DE CERDEÑA.





BAILE DADO EN EL HOTEL DE VILLA CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DEL PRÍNCIPE NAPOLEON CON LA PRINCESA CLOTILDE DE CERDEÑA.

J. Morán y Pichot



dos que volvía al amanecer con los cazadores y sin los cazados.

— ¡Esposa mía! exclamó el príncipe tendiéndola los brazos.

— ¡Oh! ¡mi esposo escogido por el cielo! respondió Luisilla precipitándose en su seno para ocultar su rubor.

## V.

— ¿Qué castigo para todos esos imbéciles? preguntó el jefe de los heraldos de armas.

— Que permanezcan así durante siete días, contestó el príncipe.

— ¿Y el burgomaestre?

— ¡Siempre!

Figuraos á los vendimiadores obligados á acabar la vendimia, de trovadores, turcos, fantasmas blancos y espectros negros.

¡Pues y el burgomaestre!...

## VI.

El racimo de los amores fué piadosamente conservado durante muchos siglos.

Empero concluyó por secarse enteramente.

Y por último, uno de los tataranietos de Luisilla lo tomó por un racimo de pasas de Corinto, y juzgó mejor trasladarlas á su estómago.

En cuanto á esta historia, vive aun en la memoria de los habitantes de las orillas del Danubio; siempre es la leyenda favorita de la vendimia; siempre el cuento por excelencia de todos los cuentos de otoño.

## NADIE DIGA DE ESTA AGUA YO NO BEBERÉ

PROVERBIO EN TRES ACTOS

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

EL MAESTRO DE BAILE.

Señorita, un poco vuelta la cabeza y mas altos los brazos.

CECILIA.

Cuando una persona no quiere caerse, tiene que mirar hácia adelante.

EL MAESTRO DE BAILE.

¡Oh! no, es una cosa horrible; ved si me caigo yo... ¿Hay nada mas sencillo?... Yendo á la derecha hay que mirar á la izquierda, yendo á la izquierda hay que mirar á la derecha... nada mas natural.

LA BARONESA.

Es muy particular que se me haya perdido mi ovillo azul.

CECILIA.

Mamá, ¿porqué no quereis que aprenda el wals de dos tiempos?

LA BARONESA.

Porque no es decente. ¿Habeis leído el Judío Errante?

EL ABATE.

Sí, señora, hay cosas buenas, pero el fondo... el fondo...

CECILIA.

Pero, mamá, miss Clary lo sabe y yo no...

LA BARONESA.

Miss Clary es inglesa. Estoy segura de que os habeis sentado encima.

EL ABATE.

¿Encima de quién?

LA BARONESA.

De mi ovillo... aquí está... ¡es el encarnado!... nada, se ha perdido.

CECILIA.

Pero... mamá, ¿solo pueden bailar el wals las inglesas?

EL ABATE.

Me parece que abren la verja... ¿Esperais alguna visita?

LA BARONESA.

Sí, Cecilia, escucha.

EL MAESTRO DE BAILE.

Señorita, os habla la señora baronesa.

EL ABATE.

No veo que entre coche ninguno... es que sacan los caballos.

CECILIA.

¿Qué quereis, mamá?

LA BARONESA.

Nada. ¡Ah! sí; tiene que venir alguien... acércate, que te hable al oído. Es un novio. ¿Estás peinada?

CECILIA.

¡Un novio!

LA BARONESA.

Un buen partido; veinte y cinco á treinta años... un pariente de Van Buck.

CECILIA.

¡Ah!

LA BARONESA.

Yo no le conozco, pero sé que te conviene... sigue bailando.

CECILIA.

Pero, mamá, queria deciros...

LA BARONESA.

¿Dónde se habrá ido el ovillo?... No tengo mas que uno de ese color y se pierde.

UN CRIADO, anunciando.

M. Van Buck.

## ESCENA II.

LOS MISMOS, VAN BUCK.

VAN BUCK.

Buenos dias, señora baronesa, mi sobrino no ha podido acompañarme, y me ha encargado que le disimuleis su falta de palabra.

LA BARONESA.

¡Ah! ¡No viene!... Cecilia está tomando su leccion; permitireis que continúe... Ha bajado aquí porque su cuarto es muy pequeño.

VAN BUCK.

No deseo incomodar á nadie. Si mi sobrino...

LA BARONESA.

¿Quereis tomar alguna cosa?... Pero sentaos.

VAN BUCK.

Mi sobrino siente tanto...

LA BARONESA.

Tengo que deciros una palabra; señor abate, os quedais con nosotros, ¿no es verdad?... Cecilia, ¿qué es eso?

EL MAESTRO DE BAILE.

La señorita está cansada.

LA BARONESA.

No señor. Si estuviera en un baile, aunque fueran las cuatro de la mañana no estaria cansada. (A Van Buck.) Decidme la verdad; ¿no quiere?

VAN BUCK.

Señora...

LA BARONESA.

Entiendo... El lance es bonito.

VAN BUCK.

Señora, no tengo yo la culpa... he hecho cuanto he podido...

LA BARONESA.

Pero en fin, ¿no quiere? Decidlo claro.

VAN BUCK.

Si pudiera sin mentir...

LA BARONESA.

¿Qué es eso? ¿Quereis mirar un poco, señor abate?

EL ABATE.

¡Dios mio! Un coche que ha volcado delante de la verja... Entran un jóven que parece estar privado de sentido...

LA BARONESA.

¡Un muerto en mi casa!... Que dispongan el cuarto verde... Van Buck, dadme el brazo. Cecilia, espéranos aquí.

## ESCENA III.

CECILIA, sola.

¡Un muerto! ¡Gran Dios! ¡Qué cosa tan horrible! Yo quisiera ver y no me atrevo á mirar... ¡Cielos! Es el jóven á quien ví el invierno último en el baile... El sobrino de Van Buck... ¿Será ese el novio?... Pero no está muerto... habla con mamá... viene por aquí... Es singular; no me engaño, es él... ¿Qué motivos puede tener para no querer que le reconozcan?... Yo lo sabré.

## ESCENA IV.

CECILIA, LA BARONESA.

LA BARONESA.

Ven, Cecilia, aquí estás de mas ahora.

CECILIA.

¿Está herido?

LA BARONESA.

¿Qué te importa? vente conmigo.

## ESCENA V.

VAN BUCK, VALENTIN, con el brazo envuelto en un pañuelo.

VAN BUCK.

¿De veras te has roto el brazo?

VALENTIN.

Habria podido rompérmele; pero gracias á Dios, no ha sucedido nada.

VAN BUCK.

Siempre con bromas: esta es de muy mal gusto.

VALENTIN.

¿No necesitaba un pretexto para introducirme decentemente en esta casa? ¿Qué razon puede uno dar para presentarse de incógnito en el seno de una familia respetable? Dí un luis á mi postillon para que me volcara delante de la verja, y ha sabido ganar su dinero; hizo entrar una rueda en la zanja con una conciencia heróica... no os riais, habria podido romperme la cabeza... pero en suma, he volcado y no me quejo; al contrario, estoy rebosando de júbilo; esto da á las cosas una apariencia de verdad que me es muy favorable.

VAN BUCK.

Pero ¿qué quieres hacer? ¿cuáles son tus proyectos?

VALENTIN.

No vengo aquí para casarme con Cecilia, sino únicamente para probaros que haria muy mal en tomarla por esposa. Tengo mi plan, y hasta ahora todo me sale bien. Habeis cumplido con vuestra promesa; no me habeis llamado sobrino, que era lo principal y lo mas difícil. Además, debo hacer justicia á vuestra baronesa; me ha recibido perfectamente. Ahora se trata de saber si lo restante marchará tambien con viento en popa.

VAN BUCK.

Pero en fin, ¿qué pretendes hacer?

VALENTIN.

Primero mi declaracion; luego escribir una carta.

VAN BUCK.

Es inútil; no consentiré que vayas adelante en esa comedia...

VALENTIN.

¡Faltais á vuestra promesa!... Corriente, haré lo mismo.

VAN BUCK.

¡Valentin!

VALENTIN.

Si decis una sola palabra, tomo la silla de posta y me vuelvo á Paris.

VAN BUCK.

En buen pantano me has metido... ¡Cómo saldremos de todo esto!... ¿Quieres explicarte de una vez?

VALENTIN.

Lo dicho dicho. Habeis convenido en que seria yo un loco casándome con una mujer que pudiera ser seducida en ocho dias...

VAN BUCK.

Todo tiene límites... si quieres prevalerte... ¡Misericordia! Vas de prisa.

VALENTIN.

Si por el contrario, Cecilia es como habeis dicho, entonces es cosa concluida: Cecilia será la esposa de Valentin Van Buck. ¡Qué atrevida y emprendedora es la juventud actual! Pero ¡qué no hace un hombre enamorado! ¡Qué asaltos, qué cartas de cuatro páginas, qué torrentes de lágrimas, qué cucuruchos de dulces! Un amante no retrocede ante ninguna cosa. No le piden cuentas, porque nada ofende; está enamorado, mi querido tio; recordad el tiempo en que amábais.

VAN BUCK.

En todo tiempo he sido yo decente y me prometo que tú lo serás; si no se lo diré todo á la baronesa.

VALENTIN.

Todo lo que yo haga estará en el orden. Hé aquí mi programa: primero, hacer mi declaracion; segundo, escribir muchas cartas amorosas; tercero, ganar á la doncella; cuarto, rodar por los rincones; quinto, sacar en cera el molde de las cerraduras; sexto, hacer una escala de cuerda y cortar el cristal con un diamante; sétimo, caer de rodillas recitando la Nueva Eloisa, y octavo, si todo esto me sale mal, arrojarme al estanque; pero nada temais: os repito que todo estará en el orden.

VAN BUCK.

Eres un atrevido impudente, y no sufriré ninguna de esas cosas.

VALENTIN.

Querido tio, habeis de tener presente que todo lo que acabo de decir lo hará antes de cuatro años si me caso con Cecilia; ¿cómo quereis que conozca su fuerza de resistencia si no he podido experimentarla? Otro intentará mas aun y se dará mas tiempo: yo solo pido ocho dias; me parece que soy humilde.

VAN BUCK.

Me has arañado un lazo; nunca lo hubiera creído.



VALENTIN.

Pero ¿qué creísteis al empeñar vuestra palabra?

VAN BUCK.

Creí que harías la corte á la jóven .. de otra manera... cortésmente... pero eres el diablo; ¡me espantas! (Cecilia aparece en el fondo del jardín.)

VALENTIN.

Aquí llega la blanca paloma. Entrad ahí, sereis testigo de la primera escaramuza, y me direis cuál es vuestra opinion.

VAN BUCK.

¿Te casarás con ella si te recibe mal?

VALENTIN.

Ya lo vereis. Me alegro mucho que esteis presente. Vais á conocer lo que producen con un poco de destreza las heridas honrosas que se reciben para agradar á la hermosura. Silencio pues: ha llegado el momento critico. (Van Buck entra en el cuarto contiguo.)

## ESCENA VI.

VALENTIN, CECILIA.

VALENTIN.

Señorita...

CECILIA.

¡Ah! sois vos... No os habia conocido... ¿Y el brazo?

VALENTIN.

No es nada, señorita... Hay ciertas heridas que solo se sienten á medias, y si el interés que me manifiestan aquí...

CECILIA.

Voy á decir que os suban un caldo. (Vase.)

## ESCENA VII.

VALENTIN, VAN BUCK.

VAN BUCK.

Te casarás con ella: confiesa que te ha gustado. ¿Qué sencillez! ¡Qué pudor!... Vaya, es una niña perfecta.

VALENTIN.

Despacito... no estoy tan adelantado.

VAN BUCK.

¿Cómo es eso? Nada mas necesitas; ya debes haberla conocido... ¡Qué dichoso serás con una mujer como Cecilia! Voy á decírselo todo á la baronesa; yo me encargo de apaciguarla.

VALENTIN.

¡Caldo! ¡Caldo! ¿Cómo puede pronunciar una jóven semejante palabra? ¡Ah! me desagrada: es fea y es tonta... Adios, mi querido tío; me vuelvo á Paris.

VAN BUCK.

¿Y la palabra? Lo que es esta burla no te la paso... ¿Con que es decir que me tomas por un libertino de tu misma especie, y que aprovechas mi loca complacencia para poner en planta tus malos designios? Si creyera que intentas una seducción... ¡Dios mio!...

VALENTIN.

Me desagrada: no es mia la culpa.

VAN BUCK.

¿Y porqué? Es bonita ó no tengo yo ojos en la cara; cabello soberbio, un talle fino... y luego bien educada, posee el inglés y el italiano... tendrá treinta mil libras de renta, y como dicen, grandes esperanzas... ¿Qué la encuentras de malo? ¿Por qué razon no la quieres?

VALENTIN.

No hay nunca razon que explique porqué dos personas se agradan ó desagradan. Lo cierto es que no me gusta: ya está dicho.

VAN BUCK.

Lo que hay es que se ha picado tu amor propio. Si yo no hubiera estado presente, me habrias contado cosas estupendas de tu primera entrevista, enagenado de hermosas esperanzas. Te habias imaginado hacer su conquista en un abrir y cerrar de ojos, y como no ha sido así, dices que es fea y que no te gusta; te conozco mejor de lo que piensas, y no cederé tan pronto. Te prohibo que te marches.

VALENTIN.

Como queráis; pero os repito que no me casaré porque la encuentro fea y tiene aire de tonta. Sus ojos son malos á decir verdad, pero sin expresion, y es todo lo que tiene. Me alegro que sepa el italiano; quizá hablando en esa lengua tiene mas gracia que en francés, y en cuanto á su dote, muchas gracias; ni quiero su dote ni su taza de caldo.

VAN BUCK.

No hay ejemplo de una obstinacion como la tuya; vaya, lo que te decia es la pura verdad. Tienes la cabeza llena de tonterías, y no me ocuparé mas de tu persona. Cásate con tu lavandera, si te agrada. Ya que

cierras la mano á la fortuna, te las gobernarás como Dios te dé á entender, mi paciencia se acaba...

VALENTIN.

¿Me engaño?... Creo que vuelve... miradla.

VAN BUCK.

¿Adónde está?

VALENTIN.

¿No veis un vestido blanco allí detrás de las lilas?... Ella es; ocultaos, que no nos vea juntos.

VAN BUCK.

¿Qué le hace si no te gusta?

VALENTIN.

De todos modos quiero continuar para que no digais que la he juzgado con ligereza.

VAN BUCK.

¿Te casarás?

VALENTIN.

¡Silencio! aquí viene.

## ESCENA VIII.

VALENTIN, CECILIA.

CECILIA.

Caballero, mamá desearia saber si partireis hoy.

VALENTIN.

Esa es mi intencion, señorita.

CECILIA.

Van á jugar al whist; y mamá os agradecería que tomárais parte en el juego.

VALENTIN.

Lo siento mucho, pero no sé jugar.

CECILIA.

¿Y si quisiérais quedaros á comer? Tenemos un faisán trufado.

VALENTIN.

Mil gracias, no me gusta.

CECILIA.

Despues de comer viene gente y bailamos.

VALENTIN.

Yo no bailo jamás.

CECILIA.

¿Qué lástima! Os saludo, caballero. (Vase.)

## ESCENA IX.

VAN BUCK, VALENTIN.

VAN BUCK.

¿En qué quedamos, te casas ó no te casas?... ¿Qué significa todo esto?... Dices que te vas; ¿es cierto ó es que te burlas de mí?

VALENTIN.

Teniais razon, es bastante agradable; me parece mejor que la primera vez; tiene un lunarillo junto á la boca que no habia yo notado.

VAN BUCK.

Pero en fin, ¿adónde vas? ¿Quieres contestar formalmente?

VALENTIN.

No voy á ninguna parte... ¿Os parece mal hecha?

VAN BUCK.

¡A mí! No por cierto; me parece una criatura divina.

VALENTIN.

A estas horas juegan al whist. Es muy temprano... ¿Sabeis jugar, mi querido tío?

VAN BUCK.

Seguramente.

VALENTIN.

Os cedo mi puesto.

VAN BUCK.

En suma, ¿te quedas ó te marchas?

(Se continuará.)

## Pasos artísticos por la ciudad de Roma.

GIBSON, OSTERWALD.

Roma es el pandemionium de las artes; todos los países tienen allí artistas, la Alemania, la Francia, la Inglaterra, la España, la Bélgica, la Rusia, etc. La mayor parte de los viajeros que visitan Roma solo se ocupan del pasado; nosotros vamos á ocuparnos del presente, vamos á visitar los estudios de los pintores que trabajan en la actualidad. Será un viaje fantástico á través de las brillantes regiones de la fábula y de la poesía, pues el arte vive de fábula y de poesía. Veremos aparecer ante nosotros las risueñas divinidades del Olimpo y del Parnaso, que en ninguna parte tienen tantos adoradores como en Roma.

Los asuntos mitológicos, digan lo que quieran los innovadores, son aun los mas propios para la escultura que prefiere siempre lo bello y el desnudo. Lo bello se compone de tres elementos, la fuerza, la salud y la gracia. Una figura doliente puede ser interesante pero

no hermosa, en el sentido propio de la palabra. El Laocoon es una hermosa estatua; pero Laocoon en sí no es hermoso. Lo que mas se admira en esa obra maestra, no es el tipo representado, sino el modo como lo está; es decir, el genio del artista que ha sabido manifestar dolores espantosos sin inspirar repugnancia ni horror. Lo mismo diré del atleta Borghese; lo que se admira es la habilidad, la ciencia del artista, no el tipo que ha elegido.

Otra cosa sucede con los mármoles del Partenon y varias obras de la primera época del arte griego; en ellas se admira á un tiempo el asunto y la ejecución, la forma y el trabajo. Por esto los escultores amantes del bello ideal buscan siempre sus asuntos en el ciclo mitológico, poblado de dioses de una hermosura serena, tal como debe ser la hermosura divina, no la hermosura mortal y terrestre.

M. Gibson que los ingleses llaman con razon « our great sculptor Gibson, » es uno de esos artistas; como Flaxman, está poseido de la antigüedad, y la trata de modo que no puede temer á ningun rival entre los modernos. Antes de examinar sus obras, echemos una ojeada sobre su vida, y contemos las pruebas por que ha debido pasar para alcanzar la alta posicion que ocupa.

Juan Gibson, nació en 1801 en Conway, país de Gales, de padres gales, y desde la niñez mostró disposiciones para el dibujo. En 1810, su padre se estableció en Liverpool, y puso al futuro artista en una escuela; aquí se manifestó mas clara su pasion, lo que le valió muchos castigos. Sin embargo, á la edad de doce años, un tal M. Jorreau le cobró amistad y le dió algunas nociones de dibujo; Gibson habria querido hacerse retratista, pero le pidieron por enseñarle mucho dinero y debió renunciar á su idea. Probó los oficios de ebanista y de cincelador, pero nada adelantó á pesar de los esfuerzos de su padre, hasta que al cabo, este consintió en colocar á su hijo segun su gusto. Halló un escultor que necesitaba un obrero, y á él le cedió por una suma de 50 libras esterinas.

Por fin, ya está nuestro jóven artista en su elemento; se ve rodeado de mármoles, yesos y modelos y con el cincel en la mano. Su maestro no era mas que un escultor de cementerios; pero Gibson estaba satisfecho, porque lo que queria era ocuparse de arte.

A los diez y siete años conoció á William Roscoe, el autor de la vida de Leon X, que poseia una magnífica coleccion de grabados y dibujos que puso á la disposicion de su jóven amigo. Este se arrojó sobre su presa con avidez, y se apresuró á copiar las mejores obras de la coleccion con tal fidelidad, que muchas de sus copias de los originales antiguos pasaron por originales.

Esta perfecta imitacion, esta reproduccion exacta de los maestros antiguos, anunciaba que Gibson seria tambien maestro. Cuando se llega á ese grado de habilidad, ya poco apoyo se necesita. Sin embargo, aun existia un gran vacío en la educacion artística de Gibson; no habia visto la Italia, y le faltaban medios para emprender ese viaje. Felizmente, su mérito le dió protectores que le suministraron el dinero necesario para realizar tan hermoso proyecto.

Canova, á quien iba recomendado por lord Brougham, recibió á Gibson con la mayor benevolencia, quiso ver sus dibujos, le manifestó su satisfaccion, y le admitió entre el número de sus alumnos. El primer consejo que Canova dió á Gibson, fué que no estudiara sus obras sino las de la antigüedad, ejemplo de modestia en un artista tan modesto como eminente.

Una de las primeras obras de Gibson, y de las que mas contribuyeron á establecer su reputacion, fué el grupo de Marte y del Amor que ejecutó para el duque de Devonshire. Luego hizo *Psiquis robada por los céfiros*; *Venus dando un beso al Amor*; *dos niñas*; un *cazalor con su perro*; un *pastor dormido*; *Paris*; la *Aurora*; el *Amor disfrazado de pastor*; el *Amor acariciando á una mariposa*; *Narciso*; *Venus victoriosa*; *Pandora* y *Safa*. La mayor parte de estas obras se han repetido varias veces.

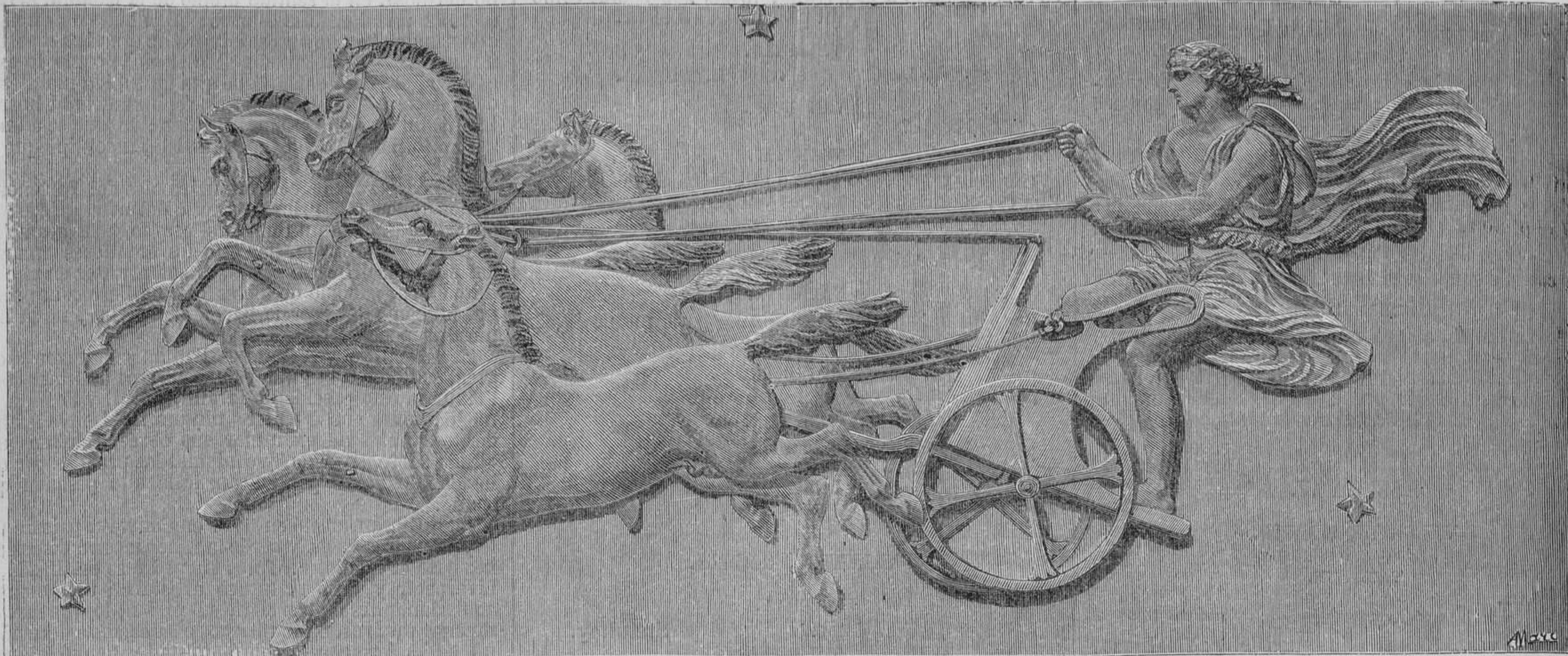
Cuando la Inglaterra decidió la construccion de un nuevo palacio del Parlamento, encargaron á Gibson que hiciera la estatua de la reina que debia adornar el gran salon de sesiones. Gibson representó á la reina de Inglaterra sentada en su trono con el cetro en la mano teniendo á su derecha á la Justicia, y á su izquierda á la Clemencia. Estas tres figuras son de tamaño colosal.

Dicen de Canova y no sin razon, que redondeaba demasiado las formas de sus estatuas, que hacia carnes bajo las cuales el hueso no se conocia, en tanto que los antiguos y en particular Fidias, dejan siempre entrever el esqueleto bajo los músculos, y modelan á fuerza de ángulos y de cuadrados, y no con líneas curvas y circulares como hacen á menudo los modernos. Canova podria responder á esta crítica, que en su tiempo no se conocian aun los mármoles del Partenon, y que se consideraban como la última expresion del arte la Venus de Médicis y el Apolo del Belvedero. Gibson se aprovechó de los nuevos descubrimientos de la arqueologia y de la estética, y los modelos de que se inspira son el *Teseo* y la *Venus de Milo*.

Pero las mejores obras de Gibson, aquellas que ocupan quizá la primera línea, son los bajo-relieves que representan: *Eteocles y Polinice separados por Jocasta* en el momento en que van á batirse; las *Horas* que llevan de las riendas á los caballos del sol; *Faetonte* guiando el carro del sol; el *Amor besando á Psiquis*; el *Amor persiguiendo á Psiquis* y *Venus besando al Amor*.

Se debe á Gibson una innovacion en el arte de



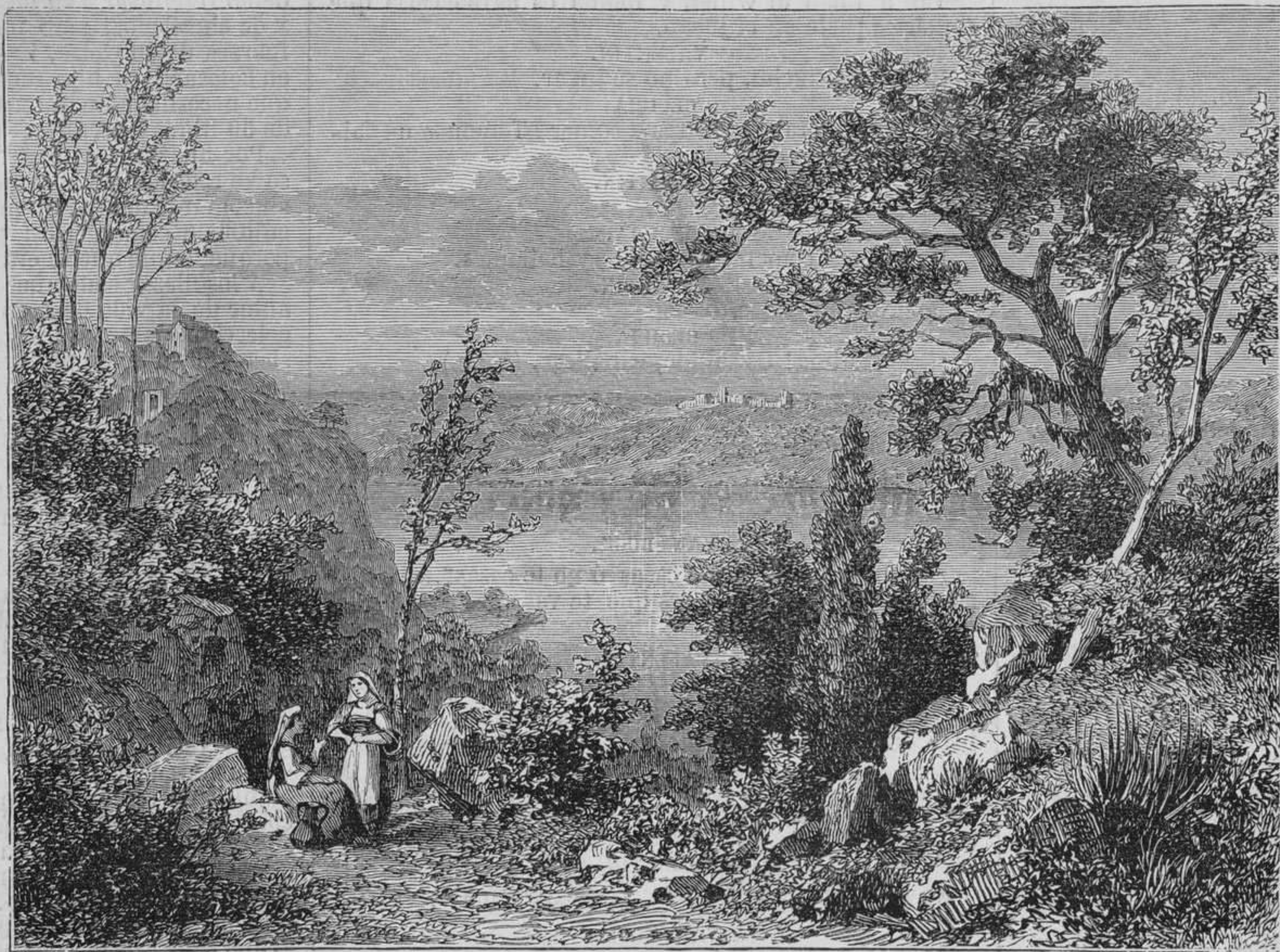


PASES ARTÍSTICOS POR ROMA. — FAETONTE GUIANDO EL CARRO DEL SOL, bajo-relieve por M. Gibson.

la escultura. Hoy es sabido que los antiguos pintaban muchas de sus estatuas. Gibson pintó su *Venus victoriosa* y su *Amor con una mariposa*, y todo el mundo en Roma aplaudió esta tentativa de que no había ejemplo en la época moderna. Aun recuerdo la indignación que produjo entre los artistas la primera noticia de una escultura policroma de los antiguos; nadie lo creía, no se podía admitir que los griegos hubiesen tenido el mal gusto de pintar sus estatuas. Sin embargo, cuando se multiplicaron las pruebas, gracias á los arqueólogos, hubo que rendirse á la evidencia.

Ahora se trata de saber si esta clase de escultura agradaría á los modernos; Gibson se encargó de intentarlo, y ha salido victorioso en su empeño.

Después de este paseo por el mundo mitológico, alegórico y heroico, descansaremos un instante en un vergel á la orilla de unas aguas limpidas y serenas. Justamente, Jorge



EL LAGO DE NEMI, cuadro por M. J. Osterwald.

Osterwald nos ofrece su *Lago de Nemi*, que tiene la forma de una copa antigua y cuya onda es digna de los dioses. Diana tenía un templo famoso en las márgenes del *Lacus Nemorensis*, donde descansaba después de haber tomado un baño en las aguas puras del lago. Los restos de ese templo fueron reconocidos y determinados en 1850 por el ingeniero Pietro Rosa, descendiente de Salvalor Rosa, y autor del mejor mapa existente de la campiña de Roma.

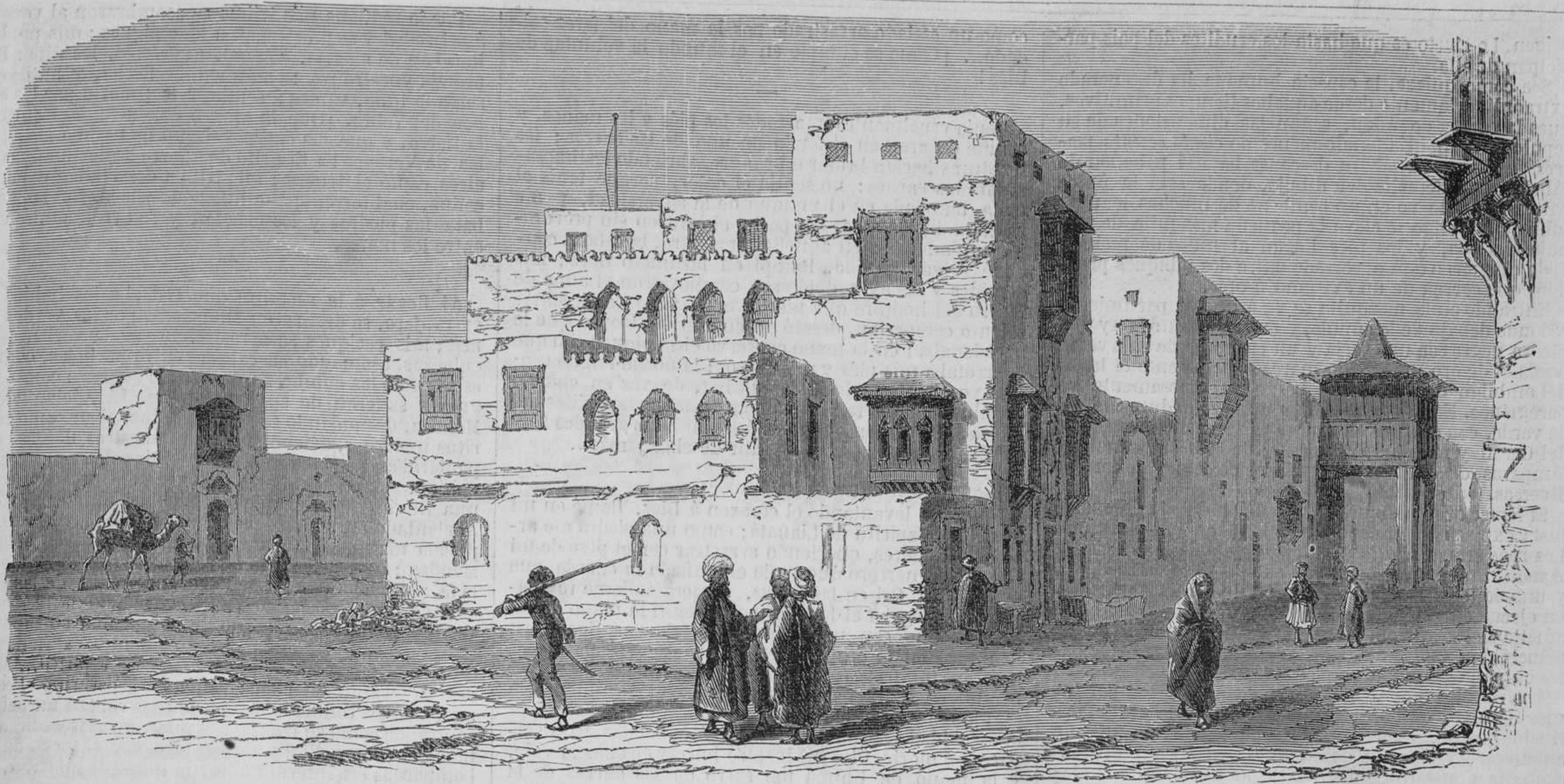
Otros dos cuadros expuestos en el estudio de Osterwald merecen nuestra atención: representan la *Roma antigua* y la *Roma moderna*. El uno está tomado de las alturas del Palatino y abraza el Forum, el Coliseo, y todas las Grandes ruinas; el otro lo está del Pincio, y abraza la iglesia y las columnas de San Pedro, con una porción de cúpulas, campanarios y palacios. Estas dos páginas se completan la una por la otra.

L. D.



LAS HORAS Y LOS CABALLOS DEL SOL, bajo-relieve por M. Gibson.





EL CONSULADO FRANCÉS EN DJEDDAH.

**Djeddah.**

El autor de los dibujos que se ven en esta página escribe con fecha 14 de enero de 1859 esta correspondencia :

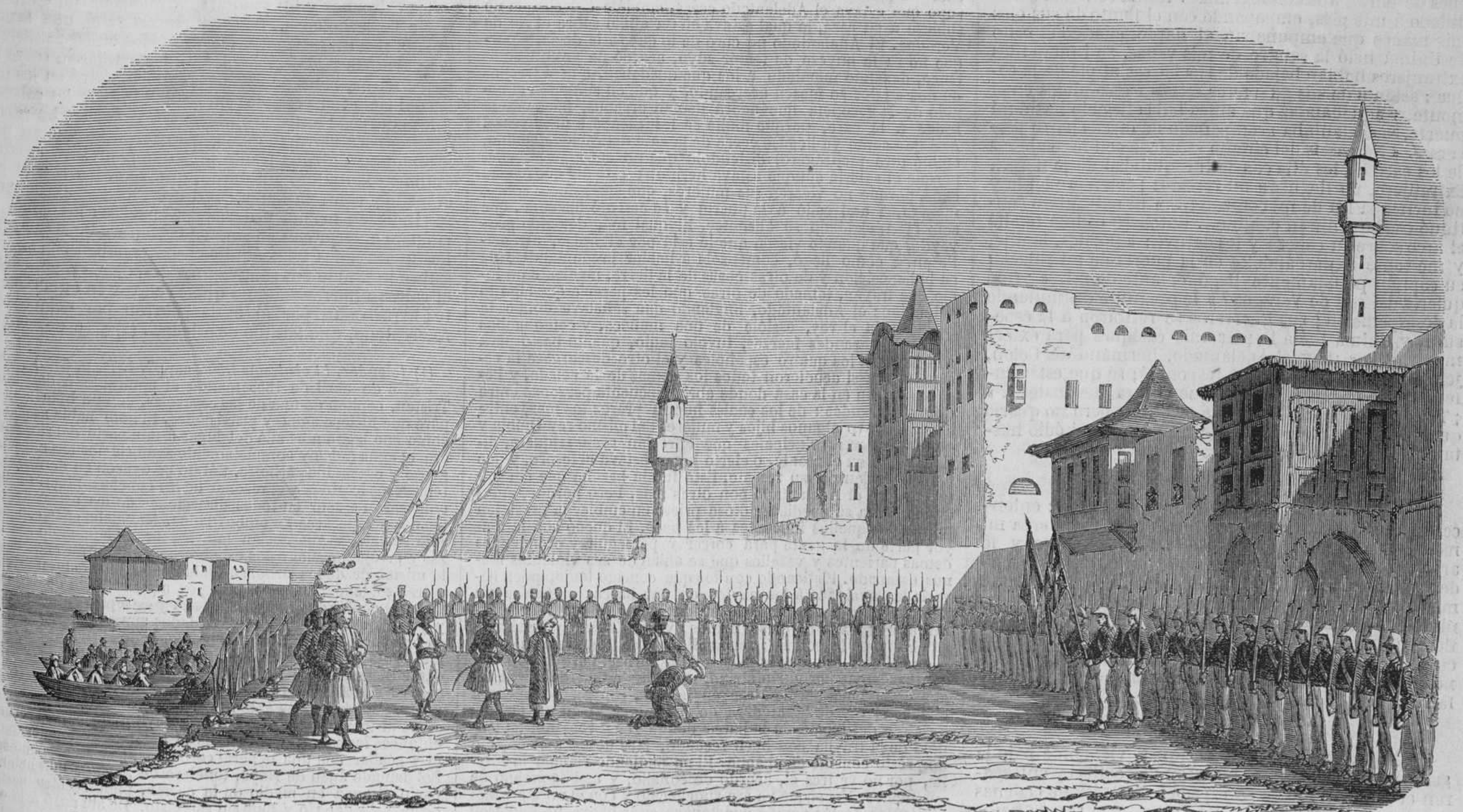
«Mis tres dibujos tienen cierto interés por los últimos acontecimientos políticos del mar Rojo : el primero representa el consulado francés en Djeddah tal como quedó después del saqueo del 13 de junio último. En el aspecto de la casa donde pasó el drama sangriento por el que la Francia acaba de obtener una satisfacción completa, tendrán los lectores una muestra de la arquitectura de una ciudad de



EL SEPÚLCRO DE EVA EN EL CEMENTERIO DE DJEDDAH.

la costa de Arabia. Por las ventanas del piso bajo tapiadas en el día, penetraron los asesinos; el kiosco representado en el fondo á la derecha indica la morada del coronel de artillería Hassan-Bey, donde halló un refugio M. Emerat después de su heroica defensa.

El segundo dibujo está tomado fuera de la ciudad cerca de la puerta de Medina : representa el interior de un cementerio que entre otros difuntos ilustres habría tenido el honor insigne de encerrar los restos de nuestra abuela Eva. Esta creencia existe en el país, sin que nadie pueda decir en qué se funda, ni cuándo tuvo



EJECUCION DE LOS INSTIGADORES DEL DEGUELLO DEL CONSUL DE FRANCIA EN EL MUELLE DE LA ADUANA, EN DJEDDAH, EL 12 DE ENERO DE 1859.



origen. Lo cierto es que hasta los eruditos del país participan de ella.

Sea como quiera, la especie humana ha degenerado extraordinariamente desde aquellos tiempos primitivos, pues la esposa de Adán, según las dimensiones de su sepulcro, no habría tenido menos de *ciento sesenta metros de altura*. La cabeza descansa bajo el pabellón de fábrica a la derecha del dibujo, donde está la única palmera que se ve en un contorno de muchas leguas; sobre el ombligo se eleva la pequeña mezquita de cúpula redonda, y los pies llegan al muro de recinto. Todo el cuerpo está encerrado entre dos tabiques paralelos que corren de un extremo a otro.

Entrando en la mezquita se va a un compartimiento redondo debajo de la cúpula, y en cuyo centro hay una piedra negra con una verja y un cortinaje de seda verde bordado de oro, que dicen marca exactamente el lugar del ombligo de Eva, y que besan respetuosamente los peregrinos. En las paredes hay otras colgaduras de seda verde, con cuadros en que se ven inscritos versículos del Corán y máximas religiosas; de la bóveda cuelgan lámparas de cristales de variados colores y de formas diversas.

El tercer dibujo figura la ejecución del 12 de enero, justa expiación del degüello del 15 de junio último. Los reos eran *Abdallah Mutessib*, jefe de la policía, y *Amudi*, uno de los comerciantes más ricos de Djeddah, y uno de los primeros de la tribu de los Hadramantes. La ejecución tuvo lugar a las siete de la mañana en el muelle de la Aduana, de manera que allí mismo donde principió el motín cayeron las cabezas de los principales culpables ante las banderas francesa y británica.

Los reos no fueron advertidos de su condena por temor de una evasión que su alta influencia habría facilitado mucho. Fueron sacados de la cárcel antes de amanecer, y les anunciaron que iban a ser embarcados para Constantinopla. Al llegar al lugar de la ejecución fueron entregados cada uno a un verdugo; el de Mutessib era un argelino que hubo de dar tres golpes antes de separar la cabeza del tronco. El verdugo de Amudi, más experto en tan horribles funciones, cortó de una vez con su candjiar la cabeza del reo. En seguida los cadáveres fueron trasladados a las puertas de sus casas y en el día fueron enterrados por sus familias. En la población se dijo que el Mutessib tenía en el bolsillo de su caftán un papel-talisman contra el hierro y el plomo, y que habiéndolo conocido el argelino, después de dar en vano los dos primeros golpes, buscó y halló ese poderoso preservativo, y se apoderó de él sin lo cual jamás habría logrado ejecutar al reo.»

## LEYENDAS AMERICANAS

### QUIBIAM

REY DE VERAGOA.

(Conclusion.)

#### XIII.

Besaba tiernamente mis hijos por la primera vez después de tantos años de lágrimas: Iraiba se había arrojado a mis pies, empapando con el llanto de sus ojos mis manos que empuñaban el dardo, cuando el grito de Uhimá heló la sangre de mis venas. Saí fuera: los extranjeros habían bajado de sus barcos al pie de la colina: setenta de sus guerreros estaban escondidos en el monte, y aquel audaz que antes había llegado hasta mi puerta, se adelantaba acompañado de otros cuatro perversos. «No paseis del círculo señalado con las cabezas de los caribes, les dije con la tranquilidad de la fiera... Extranjero, no llegues a mi recinto: ¡deten la planta y no incites la ira de mi corazón!...» El extranjero continuó osadamente su camino... Entonces Uhimá tendió el arco sobre su cabeza y los detuvo: «Déjalos, le dije, y me senté aguardándolos en la puerta de mi palacio: su capitán pérfidamente llegó delante de mí. «¿Qué quieres del rey de Veragoa?» le pregunté disimulando la desesperación; sus guerreros se retiraron a la espesura, y Uhimá fue a llamar mis caciques para exterminarlos... «¡Soy el Adelantado, hermano de Colon, jefe de estos soldados, me respondió; sé que estás enfermo y te traigo a Mendez que curará tus males...» ¡Traidor! decía calladamente el alma; pero no quería que aquel hombre penetrara mi recelo ni mi odio hasta el momento del combate...

Extendí el brazo para que viera mis heridas: entonces mi mano de hierro estrechó con poderosa fuerza mi membrada espalda, lo levanté entre mis brazos y lo arrojé contra las peñas; iba a ahogarlo, cuando Mendez y sus soldados cayeron sobre mí. Estalló el rayo: mis indios huyeron deslumbrados por su claridad omnipotente: sus guerreros me rodearon; luché mucho tiempo con el Adelantado, apretándole entre mis músculos; pero sucumbí al número, y atado de pies y manos, herido por la punta de sus armas, al suelo doblé la frente maldiciendo la voluntad de Dios...

Mis hijos, Iraiba y mis caciques, viéndome bajo la garra del extranjero, se pusieron de rodillas y entregaron el cuello al filo de su espada: cargados de cadenas llegamos a las márgenes del Yebra. Y el rey de Veragoa, a cuyo nombre temblaban los caciques de las islas y las tribus feroces del Nicaragua y del Darien, bajó

como un esclavo arrastrado por la mano del feroz soldado... ¡Cómo se cumple en el mundo la voluntad de Dios!

Tenia cruelmente amarrados los pies y las manos, y así me echaron en el fondo de una de las barcas; las ligaduras hacían brotar mi sangre, abriendo lastimosamente las carnes: no sentía el dolor, porque tenía el alma templada en el yunque de la adversidad, y me hubiera dejado sacar del pecho el corazón sin prorumpir un lamento: en aquella amargura, la cabeza concibió salvar la vida. Rompí en lastimoso lloro; mis gemidos y los ayes dolorosos conmovieron el alma de hierro del hombre que me llevaba; tuvo de mi sufrimiento compasión, desató mi cuerpo del tronco que le aprisionaba; en la mano conservó el henique con que agarrotaba mis pies y mis manos; la noche era oscura; el rayo, desprendido de las nubes, de vez en cuando iluminaba la tierra; a una legua estaban las orillas del Yebra; muy pronto íbamos a llegar a los grandes barcos del extranjero, para no salir de ellos jamás...

Entonces levantando el corazón a Dios, llamé en mi auxilio el espíritu de Lianatá; como una piedra me arrojé a los mares, queriendo arrastrar con el peso de mi cuerpo el guerrero que tenía empuñada la cuerda que me mataba. Caí en las ondas, sumergiéndome rápidamente... llegaba al fondo cuando sentí la mano de un hombre que con un pedernal cortaba mis ligaduras: lo abracé en la profundidad de las aguas: sus labios besaron mi frente: salimos a la superficie, y a la luz bendita de la luna conocí a Uhimá... el cacique había seguido la barca nadando a largo trecho protegido por la oscuridad. Se había arrojado a las ondas para salvarme ó morir. Dios me inspiró buscar en ellas la vida, y la mano de Uhimá me salvó de las garras de la muerte: libres del impío extranjero, como dos flechas llegamos a la orilla, y nos escondimos en el sombrío de las espesuras (1).

#### XIII.

¡Feliz el desgraciado que tocando el límite del sepulcro halla un amigo sobre la tierra que enjague sus lágrimas, y parta con él los amargos dolores de la vida y arrostre en su ternura hasta el horror mismo de la muerte! ¡Qué amoroso es su consuelo! ¡qué dulce la palabra de sus labios! ¡Cómo tranquiliza dejar el mundo, estrechando su mano bienhechora, que piadosamente dulcifica el alma hasta los últimos momentos, y nos da valor para cerrar los tristes ojos, cuando buscamos, muriendo, la última luz del sol, con la última mirada de la vida! Con esta divina consolación, en medio de mis horribles martirios, abrazaba a mi leal Uhimá, en la espesura de los montes, aturdido aun de la lucha desesperada con el extranjero y con el mar...

(1) (D. Hernando Colon, Década de Herrera, lib. 6, fól. 185, y Las Casas, t. 2, cap. 27.)

«El Adelantado con setenta y cuatro hombres a treynta de marzo fue al pueblo de Veragoa, que no tenía las casas juntas, sino desparzidas como en Viscaya: y como el rey Quibio supo que estaba el Adelantado cerca, embióle a decir que no subiese a su casa, la qual estaba en un altito sobre el río de Veragoa. El Adelantado no curó de lo que se le decía, y porque no se le huiese de temor suyo, acordó de yr con solos cinco, dexando mandado a los que quedaban, que a trechos de dos en dos se fuesen acercando, y que en sintiendo el sonido de la escopeta que agora llaman arcabuz, haciendo la rodea a la casa, porque nadie se les escapase ni huiese. Así que como ya llegase cerca de la casa del cacique Quibio, embió otro mensajero, diziendole que no entrasse en ella, porque él saldría aunque estaba herido. Y esto diz que hacían ellos, porque no viessen sus mujeres, que son zelosas sobremanera. Y así salió a la puerta y se assentó diziendo, que solo el Adelantado se allegasse. El qual fué, dexando proveído, que quando viesse que le asia por el brazo, arremetiesen. Y como llegó, comenzóle a hablar preguntandole de su indisposicion y de otras cosas de la tierra, mediante un indio que trayan, tomado de otras que les parecía que algo lo entendian: el Adelantado, fingiendo que señalava donde la herida tenía el rey, assióle de una muñeca, y como ambos fuesen de grandes fuerzas, tuvo tanto, quanto bastó para que llegasen los quatro españoles y el otro descargase la escopeta. Y así acudieron todos los demas de la celada, y llegados entran en la casa donde abría cincuenta personas entre chicas y grandes: de los cuales fueron presos los mas, entre los cuales ovo algunos hijos y mujeres del mismo rey Quibio y otras personas principales que ofrecían gran riqueza, diziendo que en el monte, o cierto lugar, estava el tesoro, y que todo lo darian por su rescate. Esta fué la hazaña que allí entonces hizo el Adelantado con otras mas. Pero porque, antes que la tierra se apedillase dióse prisa en embiar la presa tan injusta de aquellos inocentes a las naos. El quedó con la mayor parte de la gente para correr y perseguir y prender los demas parientes y vasallos que se abian de sus violentas manos escapado. Platicando con los que consigo tenía, quien llevaría la cavalgada a los navios en una barca: ofrecióse un piloto, tenido por hombre de buen recaudo, al qual entregaron al rey atado de pies y manos: y avissándole que mirasse mucho no se le soltase: respondió que lo tomava a su cargo y que si se fuese, que le pelassen las barbas. Partido con él y con los demas por el río abaxo, no faltando mas de media legua de la boca para entrar en la mar, comenzose mucho a quejarse el rey de la atadura de las manos, y él de lástima desatóle del banco de la barca donde venia reatado, teniéndolo de la traylla con buen recaudo. Mas desde a poco, dió de presto consigo en el agua. El no pudiendo retener la traylla, por no yr tras él, acordó de soltallo, y así se escapó de sus manos. Y porque ya era anochecido y con el rumor y movimientos de los demas que llevaba en la barca, no pudieron ver ni oy adonde iba a salir. Y de esta manera se escapó, este fiero indio, atado de pies y manos.»

Por la mañana mis tribus se asombraron al verme; a mi rededor se prosternaron los caciques: mis pueblos lloraban de alegría. «Alzad, guerreros, les dije: Dios proteje vuestro rey: empuñad la flecha, y antes que salga la luna, vamos a sembrar la muerte por las orillas del Yebra. ¡Que la sangre del extranjero empape la tierra, y que sus cuerpos sirvan de pasto a las águilas de Veragoa!» El grito de guerra se derramó en los aires como el trueno; mis tribus descendieron por la colina, cual torrente que hinchado por las lluvias arrebató las piedras y los árboles, y se arroja enfurecido entre los mares.

Al llegar a la espesura que rodeaba los bohíos del extranjero, se deslizaron silenciosas por las verdes ramas; mis caciques se arrastraban por la yerba, como culebras, asomando las cabezas entre las hojas, cuando estremeció las cumbres mi grito de guerra: como yaguas salieron de sus escondrijos. El Adelantado y Mendez, desnudando sus espadas, luchaban como espíritus malignos, defendiéndose de nuestros dardos, que penetraban por las ramas mal tejidas de sus estrechos bohíos: sobre sus cabezas caía arrojada de la espesura una lluvia interminable de flechas: Uhimá clavó al Adelantado en medio del pecho el dardo fiero... con mi pesada macana tendí de un golpe a mis pies al fiero Mendez: estaba rodeado de cadáveres; iba a arrancarle la vida, cuando el trueno reventó detrás de las eracras de los hijos del cielo, despedazando la piedra de su rayo la macana con que iba a estrellar su cabeza: a mi lado cayeron muertos los valientes capitanes de mi tribu. El espanto se apoderó de mi espíritu... Mendez se levantó del suelo: venía a traspasarme el corazón, cuando Uhimá le arrojó sobre la cabeza un peñasco grande como su cuerpo: el guerrero retrocedió agobiado del dolor. El filo de sus armas y el fuego de sus bombardas era interminable: la mitad de mi tribu, bañada en su sangre, estaba tendida ante mis ojos... ¡qué día tan terrible!

Durante el combate subió por el Yebra una barca llena de extranjeros; al verlos, retiré mis indios y los embosqué en las espesuras. La sangre de los hijos del cielo había mojado la tierra de Veragoa: no eran inmortales; yo ví en sus cadáveres clavadas las flechas de mis caciques. La sombra de Lianatá estaba vengada... en el fragor de la batalla la vieron mis ojos... y la flor que me envió con el amor de su vida, estaba sobre mi corazón dándole vida a mi furor interminable... tuve en medio del estrago, llenas de amor y odio las entrañas, y con tu voz, Lianatá de mi vida, desde el sepulcro le dabas valor al alma mía...

La barca había llegado a las sombrías márgenes del río, donde los árboles corpulentos siembran de flores el agua dulce y trasparente que descende de las altísimas cumbres, cuando mi voz volvió a salir del silencio como rugido de fiera: las conchas de guerra, los alaridos de mis tribus y el ruido del atambor asustaron la soledad de las breñas, y las águilas y las aves acuáticas, y los caimanes y los yaguas atronaron con su feroz rugir las arboledas. De cada rincón salió una canoa guiada por un salvaje, y encaramados en las palmeras, las yarumas y las ceibas, los indios arrojaban sobre la barca tempestades de dardos. El miedo entró en los hijos del cielo: sus escudos no podían cubrir las cabezas y los cuerpos: entre tanto las agudas flechas buscaban camino para clavarse en sus corazones. El capitán que los mandaba alzó la frente pidiendo a su Dios ayuda: entonces le apunté mi dardo, que le entró por el ojo derecho y sobre la barca cayó muerto. Los extranjeros se rindieron hechos pedazos sus cuerpos; los arrojé al río para aplacar con su sangre la sombra de Mayarima. Los guaraguasos y las águilas acompañaban con su lúgubre graznido sus sangrientos despojos, en los cuales el caiman horrorizado no quería clavar su agudo diente; arrastrados por el agua pasaron por delante del Adelantado, que tembló de miedo... (1) y se encerró en

(1) (Mendez. *El almirante Irbin*, cap. 7, t. 3º, p. 349.)

«El 6 de abril de 1505 mandó el almirante a don Diego Tristan, capitán de una de las caravelas, con un bote a tierra para que hiciera agua y provisiones. El bote había ascendido como una legua más allá del lugar a una parte del río, donde era el agua dulce y completamente sombría por sus altas márgenes y extendidos árboles. Súbito se oyeron en derredor los temerosos alaridos y el resonar de las conchas. Ligeras canoas empezaron a salir en todas direcciones de los oscuros receptáculos y espesuras de ambos lados. Manejaba cada canoa un solo salvaje, y guarnecían la orilla otros blandiendo sus lanzas y arrojándose a los españoles. Multitud de ellos hacían lo mismo desde los árboles. Había en el bote ocho marineros y tres soldados. Incomodados por aquella lluvia de dardos y flechas, confundidos por la gritaría y estrépito de las conchas y por los asaltos que de todos lados aumentaban, perdieron su presencia de espíritu, y abandonando los remos y las armas, solo pensaron en cubrirse con los escudos. El comandante Diego Tristan había ya recibido muchas heridas, pero todavía manifestó grande intrepidez, queriendo animar a su gente, cuando un venablo lanzado por un indio le penetró los sesos al través del ojo derecho, y cayó muerto. Se acercaron entonces las canoas mas y mas al bote, hasta apoderarse de él y acabar con una general carnicería. Solo escapó un español llamado Juan de Noya, tonelero de Sevilla, que habiendo caído al agua en medio de la acción, pudo recalar hasta la orilla, salir del río y huir sin ser visto. De allí pasó a la colonia, y trajo nuevas de la muerte de su capitán y compañeros.»



la estrechez de sus bohios, defendidos de sus bombardas terribles.

Con el estrago hecho en los hijos del cielo, el furor se apoderó de mis pueblos: de los mares, de las altísimas cumbres y de las llanuras venían á la márgen del Yebra las falanges de indios preparados á los tremendos combates. A todas horas el tambor resonaba desde el desierto monte al fértil llano; en la espesura, en los páramos, en la oscuridad de las cuevas, en la soledad de las lagunas, en las silenciosas orillas de los ríos, en todas partes resonaba el grito de guerra: al fuego se tostaba la punta del dardo: la flecha se envenenaba: la piedra se unía á la espinosa rama: la espada se incrustaba de dientes de caiman: todos aprestaban las armas para la matanza.... La audacia del Adelantado había llenado de furor mis tribus, que llegaban á mi voz como al graznido del águila se reúnen las bandadas de palomas dispersas por el monte...

El extranjero, espantado de tanto peligro y de tantos combatientes, que no podía vencer ni vomitando sobre mis desnudas tribus las piedras destructoras de sus rayos, envueltas en fuego abrasador, aprovechó las sombras de la noche, embarcó sus guerreros y se fué á buscar abrigo á las naves del Almirante, adonde estaban prisioneros mi pobre Iraiba, mis hijos y mis fieles caciques, arrancados de mi palacio y de las orillas del Yebra. Cuando vi sus barcos tender las alas al viento para dejar por siempre las riberas del Veragoa, llevándose las últimas prendas que le quedaban á mi desventurado corazón, mis huesos se estremecieron y sentí el frío extraordinario de la destrucción.

Viéndome morir, Uhimá me sostuvo en sus brazos: «¡Levanta el alma, valeroso rey!» me decía llorando. Pero el alma estaba ya herida por la mano de Dios. Oscuramente divisaba la tierra: para mis ojos la claridad había desaparecido, y como rumor de lejano trueno, escuchaba el gemir de mis caciques y el atambor lúgubre del sacrificio: oí en aquella hora de tinieblas y soledad la voz lastimosa del hijo de Iraiba, que me decía: «¡Padre, rompí el hierro con que el extranjero encadenaba mis brazos; cargada de cadenas dejé á mi madre cariñosa prisionera en sus barcos, y me arrojé á las ondas para estrecharte entre mis brazos! ¡Vive, vive, padre de mi corazón!...» (1)

El ángel, que ya se alzaba á la region de los espíritus, cansado del mundo, para llevar el alma confiada á su cuidado al cielo azul de los inmortales, enternecido detuvo triste su amoroso vuelo y abrió los ojos. Cubría con la mano el tierno niño el pecho, donde el extranjero había clavado al huir su última flecha. «¡Hijo mío, le dije, la muerte viene á endulzar mis penas para siempre: cacique de la sangre de los reyes, defiende la libertad de Veragoa, el sepulcro de Mayarina: llora la suerte de tu pobre madre, y endulza con tu amor los años de mi leal Uhimá: él será tu amparo, y gobernando las tribus te enseñará á amar el bien de los hombres y á odiar la ingratitud y la maldad de los nacidos... el tiempo de la vida es pasajero: hijo, para llorar todos nacimos: en eterno dolor vivió tu padre: Dios quiera que tu sangre y tu espíritu, nutrido en las lágrimas de mi corazón, no esté también maldecido por el cielo...»

Bendije á Uhimá y á mis valientes caciques que estaban arrodillados al rededor de mi hamaca, y estre-

(1) *(Historia del Almirante, cap. XCI, p. 416).*  
«Sucedió que los hijos y parientes de Quibio, que venían presos en la nave Bermuda para traerlos á Castilla, procuraron libertarse del modo siguiente: por la noche los metían debajo de cubierta, i estando la escotilla tan alta, que no podían llegar á ella, se olvidaron los guardas de cerrarla, por la parte de arriba, porque encima dormían algunos marineros, lo que dió causa á los indios á discurrir escaparse, así le recogieron poco á poco, todos los cantos de lastre i los pusieron á la boca de la escotilla, haciendo un gran monton, i luego todos juntos, subidos en él, i poniendo las espaldas por debajo, abrieron á fuerza, una noche, la escotilla, derribando los que dormían encima, i saltando fuera prontamente; algunos de los principales indios se echaron al agua; pero habiendo concurrido la gente al rumor, no pudieron hacerlo otros, i así habiendo luego cerrado la escotilla los marineros, con su cadena, empezaron á hacer mejor la guardia, con lo qual, desesperados los que no habían podido escapar con los compañeros, los hallaron todos ahorcados por la mañana, con los cabos, que pudieron haber, i como tenían poca altura, unos se ahorcaban de rodillas, i otros, tirando con los piés el lazo, de modo, que de los presos de aquel navio, ninguno quedó, que no fuese muerto, ó huido.»

Este es uno de los hechos mas famosos de desesperación y patriotismo de que tenga noticia la historia. La quema de Sagunto y de Numancia, la muerte de Catón y la acción de Scébola son grandes; pero el suicidio de una familia entera de reyes; el acto de quitarse la vida á un tiempo la madre, los hijos y los caciques, jefes de sus pueblos, es mayor todavía. El alma se espanta al considerar el valor extraordinario con que la madre presenciaba las angustias de sus hijos moribundos, y los caciques la estrangulación de su esforzada reina. Muriendo todos estos héroes en una noche, han legado al mundo un ejemplo solemne de patriotismo, digno de la lira de Tirteles, y que me envanezco desenterrándolo ahora del olvido: porque las grandiosas acciones que tienen este carácter divino, deben vivir eternamente en la memoria de los hombres, para llorarlas en los tiempos felices, imitándolas religiosamente en los momentos desesperados de la desgracia.

chando entre los brazos á mi hijo, la muerte apagó con su tremendo soplo mi último aliento... mi espíritu se levantó de la region confusa de la vida para volar entre las manos del ángel al iris azul de los reyes inmortales de Veragoa. Como sube por los aires el perfume ligerísimo de las flores, así subió al cielo, y mi osamenta descansó en el sepulcro, obedeciendo la voluntad de Dios hasta hoy, que se levanta llena de angustia á derramar lágrimas y á contar al mundo la lastimosa historia de mi vida.

Al concluir mis palabras, las sombras de los reyes doblaron la cabeza, arrojándose en sus vestiduras blancuquitas de nieve: el eco lastimoso de mi canto se perdió en los vaporosos confines del horizonte. La onda de los siglos detuvo su interminable movimiento, y en la eterna noche de los sepulcros penetró el rayo divino de la inspiración, que inmortaliza la historia de los desventurados reyes de Haiti y de Veragoa, y la generación infeliz de sus valientes tribus. El canto de Quibiam lo escuchó el mundo y durará para siempre, mientras el sol alumbré la tierra, vivificando con sus rayos el espíritu melancólico del hombre.

FIN.

### Boletín científico

#### Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

DATOS ESTADÍSTICOS SOBRE LA VIDA Y LA POBLACION DE ESPAÑA: — Por cada 10,000 habitantes tiene la provincia de Albacete 66 que pasan de 90 años, Canarias, 57; Málaga, 48; Murcia, 45; Cádiz, 43; Baleares, 39; Alicante, 37; Guipúzcoa, 33; Córdoba, 33; Sevilla, 31; Santander, 29; Barcelona, 29; Almansa, 29; Pontevedra, 29; Ciudad Real, 27; Lérida, 26; Oviedo, 25; Valencia, 23; Lugo, 23; Vizcaya, 23; Gerona, 21; Cornuña, 21; Granada, 21; Huelva, 18; Badajoz, 17; Orense, 15; Cuenca, 15; Salamanca, 14; Zaragoza, 12; Navarra, 12; Huesca, 12; Avila, 11; Soria, 10; Castellón, 10; Madrid, 10; Guadalajara, 10; Cáceres, 9; Toledo, 9; Palencia, 8; Logroño, 8; Leon, 8; Valladolid, 7; Teruel, 7; Zamora, 6; Alava, 6; Burgos, 4; Segovia, 0.

Segun el estado anterior, la longevidad en las provincias marítimas es mayor que en las del interior, exceptuando únicamente la de Albacete. Y en unas y otras las del S. aparecen con una longevidad mayor que las del N.

La longevidad que por término medio corresponde para los dos sexos, es 22 longevos por cada 10,000 habitantes. Los varones en particular, 16, término medio, y 28 las hembras.

Repitiéndose los cálculos anteriores respecto á las 21 capitales de mayor población, resulta que la longevidad es mayor en las capitales que en sus respectivas provincias, habiendo una diferencia mayor en las de hembras.

Despréndese de estos datos:

1º Que las provincias mas templadas son las que presentan mas casos de longevidad.

2º Que no es tan exacto el que la vida del campo y sus costumbres sean las condiciones mas favorables para alargar la vida, toda vez que las provincias marítimas ofrecen un número mayor de longevos.

3º Que si se cree que la civilización es causa de aumentar la desmoralización, tambien ella aumenta los medios preservativos, y que si bien en las capitales el género de vida es mas agitado y pernicioso, hay mas comodidades y mas medios curativos.

Y esta observación adquiere mas fuerza al observar que el número de individuos centenarios es mayor en las capitales, lo que no puede atribuirse á otra causa que á la posibilidad de encontrar en ellas los cuidados que exigen.

4º Que la vida sedentaria y metódica de la mujer contribuye mucho á su longevidad, al paso que los hombres tienen una vida mas agitada, y se dedican á profesiones arriesgadas y penosas.

Por esto sin duda, la relación entre el número de varones y de hembras, en general es: por cada 1,000 de estas, 986 de aquellos, habiendo 35 provincias que tienen mayor número de los primeros, y 14 de las segundas; y es de notar, que las provincias del interior son las que se encuentran en el primer caso.

Merece observarse que el número de nacimientos es casi igual respecto á varones y hembras, con pequeño éxito de aquellos; pero que despues la mortandad, especialmente en los primeros años, es mucho mayor en los varones, rompiendo este equilibrio.

La relación en que se encuentran los viudos, comparados con las viudas, es segun las provincias: el de 775 de los primeros, por cada 1,000 de las segundas, en la provincia que mas, que es la de Guadalajara, y 279 en la que menos, que lo es la de Canarias, y resultando un término medio de 500.

Hay la particularidad que las provincias donde los viudos figuran en mayor número, son las del interior.

El número de casados, relativamente al de varones (comprendiendo niños y viudos) es de 418 por 100, en la provincia que mas, que es Cuenca, y 297 en la que menos, que lo es la de Lugo. En las provincias interiores hay mayor número, con bastante diferencia, que en las marítimas, sin duda porque en estas hay mas casados ausentes por motivo de la navegación.

La relación entre el número de casadas y el de hembras, es de 420 en la provincia que mas, que es Cuenca, y 267 en la que menos, que lo es la de Lugo, habiendo una perfecta correspondencia con el dato anterior. De lo cual se infiere, puesto que no son aplicables las mismas objeciones, que hay menos matrimonios en las provincias marítimas que en las interiores.

Dedúcese tambien que en las provincias relativamente mas

pobladas es el número de matrimonios relativamente menor, y que en las capitales es menor tambien el número de matrimonios que en sus respectivas provincias.

El número de individuos por familia es el de 5,267 milésimas en la provincia que mas, que es Guipúzcoa, y 3,761 en la que menos, que es la de Cuenca. En las provincias marítimas aparecen los matrimonios mas fecundos que en las interiores, siéndolo mas en las del Norte que en las del Sur.

No es exacta pues la apreciación que se hace de cinco individuos por familia, para calcular la población, pues en España no corresponde sino 4,355.

Resumiendo pues:

1º Las provincias marítimas se hallan relativamente mas pobladas que las interiores.

2º En las provincias marítimas es la longevidad incomparablemente mayor que en las interiores; y entre las marítimas ó interiores del Sud, mayor que en las correspondientes del Norte.

3º En las capitales es mayor la longevidad que en las provincias respectivas.

4º La longevidad de las hembras es inminentemente mayor que la correspondiente á los varones.

5º Supera el número de varones al de hembras en las provincias interiores, y es, por el contrario, inferior en las marítimas.

6º Hay muchos menos viudos que viudas en todas partes; pero en las provincias marítimas, y especialmente en las meridionales, es la diferencia incomparablemente mayor.

7º Se contraen mas matrimonios en las provincias interiores que en las marítimas.

8º En las provincias mas pobladas se contraen menos matrimonios.

9º En las capitales se contraen menos matrimonios que en sus respectivas provincias.

10 Cuenta cada familia mas individuos en las provincias marítimas que en las interiores. Y sintetizándolas, se pueden presentar los caracteres que la civilización española imprime en su población, diciendo:

11 Tiende á aumentar la población y la longevidad, á disminuir el número de matrimonios, especialmente los contraídos en segundas nupcias, y á mejorar la suerte de la mujer.

### Coronas godas halladas en España.

El museo de Cluny de Paris acaba de adquirir y tiene expuestas en sus galerías de antigüedades las coronas godas cuyas figuras damos en la página siguiente. Antes de pasar á su descripción, debemos decir algunas palabras acerca de su descubrimiento, y para ello copiaremos la siguiente carta escrita en Toledo, en cuyo territorio se encontraron. Dice así:

«A mediados del último verano se presentó en esta ciudad un labrador, vecino de Enadamur, con un pedazo de cadena de oro, cuya hechura demostraba que la pieza de que debía proceder pertenecía á la mas remota antigüedad. Yendo á venderla, desconfió del precio que le ofrecieron los plateros, y buscó á un comandante francés al servicio de España, que era catedrático de este colegio militar, quien se sabia era un anticuario decidido, y con efecto ofreció al labriego mas cantidad que la que los otros le habían ofrecido, poniéndole sin embargo la condicion, de que tenia antes que justificarle la legítima procedencia de aquella alhaja. El vendedor le manifestó, que trabajando en un terreno del término de su pueblo y sitio de la fuente de Enaraza, á poco de la superficie se la había encontrado, invitándole al mismo tiempo á ir con él á aquel paraje. El francés reflexionó muy cuerdamente, que una cosa de tales circunstancias no debía estar allí aislada, y pasó instantáneamente al sitio designado con el vendedor, y emprendió desde luego con un palo á reconocer la tierra. Su conductor le propuso que él iria á buscar una azada, y mientras volvió, logró el francés descubrir una caja al parecer de plata, de figura de urna y de cerca de media vara de largo, la que oxidada enteramente, segun él ha manifestado, se deshizo toda al ponerse en contacto con la atmósfera. Este descubrimiento le hizo ver que debía emprender sus excavaciones en mayor escala, y decidido á ello cuando el vendedor del pedazo de cadena volvió con la azada, le dijo que estaba convencido de la procedencia del objeto de su venta, y le entregó en el acto la cantidad ofrecida, informándose de él al mismo tiempo, quién era el dueño de aquel terreno; y siéndolo un vecino de esta ciudad, tan luego como regresó, hizo las diligencias necesarias para la compra de aquel, la que tuvo efecto en triple cantidad de la que en concepto del poseedor valia, pretextando que queria construir allí una huerta de recreo. Dueño ya de la tierra, emprendió las excavaciones en ella con toda constancia, lo que no llamó la atención de nadie, pues era pública su afición, como anticuario, á buscar los restos de los edificios que en tiempo de los romanos, de los godos y de los sarracenos existieron en estas inmediaciones. Sus trabajos dieron por resultado encontrar un pavimento de piedra lleno de sepulcros de la misma materia, de los cuales se cree con fundamento deben haber sido extraídas las coronas compradas en Francia para el museo de Cluny, porque si aquellas tumbas habían encerrado, como es muy probable, los restos de reyes y príncipes godos, las coronas con que se les sepultasen, pueden haber resistido allí el rigor de tantos siglos, por la pura y buena ley del metal de que se componian. Nadie, sin embargo, en esta sabia cosa alguna de tan precioso hallazgo, ni en la actualidad persona ninguna puede asegurar lo que el francés descubrió bajo aquellas losas funerarias.»



Este descubrimiento que en Francia se atribuye á unos labradores que trabajaban en el lugar de un cementerio abandonado situado á dos leguas de Toledo en la Fuente de Guarrazar, era un preciosísimo tesoro, que consistía en ocho coronas de oro macizo que pesaban unos seis mil duros; pero además se hallan incrustadas con pedrerías que doblan el valor del metal, sin contar que su importancia histórica y su interés artístico dejan muy atrás las riquezas de la materia y el precio que ellas representan. Efectivamente, aquel sepulcro sin nombre encerraba hacia más de doce siglos las coronas de uno de los últimos reyes de la España goda, las de su mujer, y aquellas que, á ejemplo de su rey, los condes y los barones de su corte habían consagrado á la Virgen María.

Por los grabados que acompañan á este artículo se conocen al instante las configuraciones de estas coronas y las diferencias que presenta su fabricación. La más importante es la señalada con el núm. 1; sobre un listón de oro macizo de 20 centímetros de diámetro se destacan en relieve treinta corindones de una dimensión prodigiosa; treinta perlas finas alternan con los zafiros azules sobre un fondo incrustado de pedrerías raras; dos orlas con chapas de oro é incrustadas de hojas ligeras de cornalina rodean ese listón macizo; de la orla inferior parten veinte y cuatro cadenillas, cada una de ellas con una letra de oro en que reproduce el trabajo de incrustación existente en la orla; estas letras reunidas dicen:

RECCESVINTHVS REX OFFERET.

Veinte y cuatro arracadas de oro y perlas finas sostienen veinte y cuatro almendras de corindones de color de rosa, y se desarrollan como una franja de rubíes en la parte baja de la corona.

Esta es la corona real, la que Recesvinto consagró, como lo dice la inscripción en su latín bárbaro; pero ¿bajo qué invocación y á qué santo el rey godó ofreció esta preciosa joya? — Lo veremos en el letrero trazado con buril en la cruz de oro de la corona señalada con el número 3.

SCE MARIE IN SORBACES.

Antes de entrar en las explicaciones que exige esta palabra *sorbaces*, palabra que no se presenta en ningún diccionario de latinidad de la edad media, y de la cual no ha conservado ninguna señal la lengua española, hablaremos del rey Recesvinto.

Los godos arrojados de las Galias abandonaron el Mediodía de la Francia, y fueron á fundar en España un imperio cuya capital fué Toledo. El nuevo reino establecido en 507, contó muy pronto reyes ilustres; una civilización más ilustrada reemplazó la civilización semi-bárbara del imperio gótico de Tolosa, y el celo y los esfuerzos de los santos obispos de la España convirtieron en breve al catolicismo á los reyes godos. El primero de ellos, Recaredo, se coronó y ungió en Toledo, y fué el primero que se llamó rey católico, nombre que perteneció después como un derecho á todos los reyes de España.

En aquellos primeros momentos de fervor religioso, las iglesias se multiplicaron, se hicieron muchas fundaciones piadosas, el dinero de los grandes y del pueblo acudió á las obras de la fe, y los condes, los barones y los reyes consagraron riquísimos tesoros á la Virgen y á los santos; san Julian, obispo de Toledo, nos dice que el rey Recaredo ofreció á san Félix una corona de oro admirable.

Cuarenta y ocho años después de la muerte del primer rey católico de España, que una sucesión de ocho reyes separó del rey Quindiesvinto, este llegado á una edad avanzada, asociaba al imperio á su hijo Recesvinto; el nuevo rey fué consagrado á la muerte de su padre el 16 de octubre de 653, por san Eugenio, obispo de Toledo, en la iglesia dedicada á santa María, que el pueblo llamaba *Santa María de Abajo*. Esto dice Rojas en su historia de Toledo; sin duda en Santa María de Abajo consagró el rey esa corona que acababa de ceñir en la iglesia de la Virgen. Así encontramos la explicación de la palabra *in sorbaces* grabada en la cruz; palabra que se compone de la raíz gótica *sahur*, que el diccionario

á sostener un forro de tela que guarnecía la parte inferior del listón; de este modo se hacía más suave y más fácil de llevar para una mujer una corona de tanto peso. Esta corona enriquecida de zafiros, de rubíes, de esmeraldas, ópalos y perlas finas, es de una hermosura incomparable.

La corona número 3 difiere mucho de las coronas reales; un doble calado de oro macizo reemplaza los listones; en las junturas hay zafiros y piedras finas y al rededor de la corona se ven arracadas de zafiros. Una inscripción grabada en una cruz de oro enriquecida de pedrerías tiene este letrero que ya hemos citado en parte.

INDNI  
NOM  
INE  
OFFERET SONNICA  
SCTE  
MARIE  
INS  
ORBA  
CES.

Bien que esta palabra *Sonnica* parece designar un nombre de mujer, contiene sin embargo, á mi juicio el de un obispo ó un conde; las desinencias en *a* son comunes en los nombres propios de godos; yo creo que esa corona fué consagrada á la Virgen por algún personaje de la corte del rey godó. En

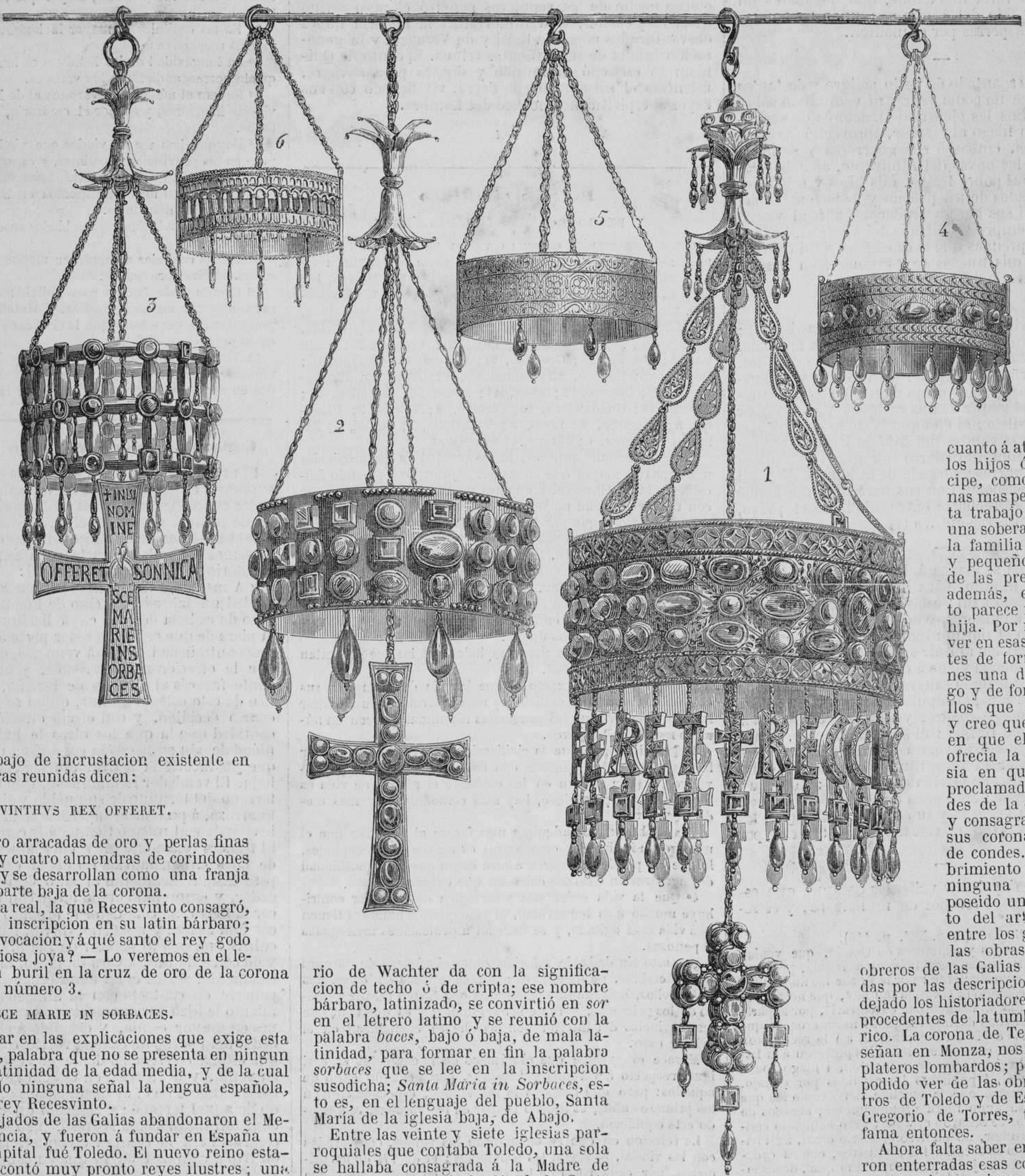
cuanto á atribuirle á uno de los hijos ó hijas del príncipe, como las otras coronas más pequeñas, me cuesta trabajo imaginar que en una soberanía electiva, toda la familia del rey, grandes y pequeños, participara así de las prerogativas reales; además, el rey Recesvinto parece no tuvo sino una hija. Por mi parte, prefiero ver en esas coronas diferentes de formas y dimensiones una diferencia de rango y de fortuna entre aquellos que las consagraron, y creo que en el momento en que el rey Recesvinto ofrecía la corona á la iglesia en que acababa de ser proclamado rey, los grandes de la corte le imitaban y consagraban igualmente sus coronas de duques ó de condes. Antes del descubrimiento de estas coronas, ninguna colección había poseído un solo monumento del arte de la platería entre los godos de España; las obras de los muchos

obreros de las Galias nos eran conocidas por las descripciones que nos han dejado los historiadores y por las piczas procedentes de la tumba del rey Childeberto. La corona de Teodosinda que enseñan en Monza, nos da á conocer á los plateros lombardos; pero nada se había podido ver de las obras de los maestros de Toledo y de España, que según Gregorio de Torres, tenían ya mucha fama entonces.

Ahora falta saber en qué tiempo fueron enterradas esas coronas; sin duda, eso tuvo lugar cincuenta años después de su consagración, cuando las primeras tropas árabes invadieron el imperio de los godos. La población fugitiva de la

España espantada con los progresos de los invasores se retiró hacia Toledo; pero cuando se supo que el vencedor se dirigía á este último asilo, cada cual buscó un refugio en los barrancos de los Pirineos ó en las montañas de Asturias; los fieles ocultaron las reliquias de los santos y los tesoros de las iglesias; pero á pesar de esa precipitación, cuando los conquistadores se apoderaron de Toledo, encontraron en esa ciudad inmensos tesoros que los reyes godos habían abandonado en su fuga. Las coronas en cuestión se salvaron sin duda en aquel tiempo del saqueo de los árabes.

H. L.



rio de Wachter da con la significación de techo ó de cripta; ese nombre bárbaro, latinizado, se convirtió en *sor* en el letrero latino y se reunió con la palabra *baces*, bajo ó baja, de mala latinidad, para formar en fin la palabra *sorbaces* que se lee en la inscripción susodicha; *Santa María in Sorbaces*, esto es, en el lenguaje del pueblo, Santa María de la iglesia baja, de Abajo.

Entre las veinte y siete iglesias parroquiales que contaba Toledo, una sola se hallaba consagrada á la Madre de Dios; era la catedral. Sin duda *Santa María de Abajo* que Ramirez de Prado cita como una iglesia muy antigua, se hallaba edificada abajo de la altura en donde está Toledo. Después de los milagros de Ildelfonso y de la aparición que tuvo este santo y elocuente obispo de la Virgen rodeada de los apóstoles, de los santos y de las vírgenes del cielo, el rey Recesvinto consagró en la catedral una capilla en honor de la Madre inmaculada del Salvador.

Se cree que la segunda corona pertenecía á la reina, la esposa de Recesvinto. Una observación hecha por M. Dusommerard, el entendido conservador del museo de Cluny, parece justificar esta conjetura; M. Dusommerard ha notado que en el borde de esta corona hay una serie de anillitos, que sin duda se hallaban destinados